

EDWIN LUGO

LA NOVIA DE MI PADRE

**Chile: largo pétalo de mar, vino y nieve.
Neruda.**

**A Ana Del Rosario, en recuerdo de
nuestro Santiago.**

-Chile es un país andino con una superficie de 747,767 Kilómetros cuadrados que ocupa en el sur del continente una franja de 175 kilómetros de anchura y una longitud de 4,200; y cuenta además de la parte continental con archipiélagos costeros y las islas de Juan Fernández, Pascua, San Ambrosio, San Félix, Diego Fernández, Salas y Gómez. Por cierto deseo recordarles que la isla de Pascua fue redescubierta por el marino holandés Jacob Rogeeven, el domingo de Pascua de 1772, y que en el siglo XIX, concretamente entre 1859 y 1862, los isleños víctimas de la insaciable codicia de los holandeses fueron raptados, secuestrados y obligados a trabajar como esclavos en las guaneras de Perú, al grado de que apenas quedaron sólo un centenar de habitantes, entre ancianos, niños y mujeres que por inútiles, se salvaron de este salvaje atentado, uno de tantos, que han sido cometidos por los europeos, no sólo en América sino en todo el mundo, donde su avaricia no se contentó con el saqueo sistemático de los recursos naturales de las tierras colonizadas, sino que además diezmó a los naturales sometiéndolos a la más salvaje explotación, que conllevaba no sólo pasar por la discriminación en su propia tierra, sino por todo género de atrocidades que incluían la tortura y la muerte. Nuestra isla pudo ser recuperada a la nación chilena sólo hasta 1888.

Miguel Fernández interrumpió la perorata del maestro de sociología Felipe San José, pedagogo muy distinguido y prominente catedrático de la Universidad Católica.

-Todos esos datos ya los conocemos, pues nos los han machacado en la escuela elemental y repetido en el Liceo ¿A que viene mencionarlos?

-A una razón muy poderosa –respondió diligentemente el mentor- que yo diría en pocas palabras: El medio es el hombre y para lograr adentrarse en el estudio de los individuos, es preciso analizar primero su origen y su entorno geográfico. El hombre es sin duda el producto de sus genes, pero también del lugar que habita en el planeta, y por añadidura de las costumbres, tradiciones, religión, idiosincrasia y valores heredados y adquiridos, de tal suerte que nuestro moderno pensamiento pragmático, y el universalismo dominante, están íntimamente ligados a ciertos factores que tienen que ver no sólo con la historia individual, que es el equivalente de la educación que hemos que hemos recibido constituida por la suma de conocimientos, experiencias, lecturas, viajes, familia, etc., sino a su vez con la historia colectiva, es decir, con lo que somos cómo pueblo, cómo raza y cómo nación.

-Pero en el mundo actual con los avances científicos, la expansión de las comunicaciones, el auge de la tecnología, la computación, el cine, la televisión, las enormes ediciones de libros traducidos a todos los idiomas y circulando por todo el mundo, los nacionalismos van camino de la extinción y no dudo que en el futuro los habitantes del planeta habremos de formar un conglomerado humano único. –Alegó Rocío, dueña de una despejada inteligencia.

-Eso acontecerá conforme vaya avanzando la edad acuariana. –opinó Heredia- quién era un consumado estudioso de las ciencias esotéricas y fanático de la astrología, materias obviamente vedadas en una institución científica y aunque laica y hasta cierto punto liberal en apariencia, subsistía esencialmente clerical, por lo tanto nadie pareció interesarse por su parecer y todos prestaron oídos para escuchar la respuesta del maestro, quién dictaminó:

-Eso está aún demasiado lejos.

-Pero ¿No podría algún día llegar a darse aún cuando nosotros no alcanzáramos a verlo?
-preguntó Gálvez.

-Tal vez llegará sólo cuando el hombre deje de ser el lobo del hombre, -terció Córdova- a quién aún quedaban algunas ideas emanadas de la revolución socialista erradicada por la más sangrienta y pavorosa dictadura- cuando los países ricos y poderosos erradiquen su brutal egoísmo y abran sus fronteras permitiendo que en igualdad de condiciones y oportunidades todos los habitantes del planeta disfruten sus bienes y riquezas y participen de los avances científicos y tecnológicos.

-Pero aunque esta bella utopía llegara a realizarse, y todos fuéramos asimilados dentro de una misma manera de enfrentar la vida, siempre habrían de prevalecer rasgos distintivos. Insistió San José.

-Claro –concedió Margarita Osuna- nunca llegaríamos a ser absolutamente iguales: negros, blancos, amarillos, o cobrizos...

-No me refería solamente a eso –aclaró el catedrático- que se limita a diferencias corporales, a la pigmentación de la piel, estatura, o al color de los ojos; voy mucho más lejos: un chileno nacido en Santiago, aunque consiga adaptarse a vivir en un lugar tan lejano como Nueva York o Australia, siempre continuará pensando y actuando como oriundo de nuestra capital.

-Yo mantengo comunicación con compatriotas que se han establecido en otros países, y por lo tanto que tenido que adoptar costumbres y formas de vida diferentes, incluso cuando se tiene un compañero o compañera de una nacionalidad que poco o nada tiene que ver con el latino

-Sí –admitió el maestro- reconozco que se dan esos casos con alguna frecuencia, sobre todo cuando se ha emigrado y el individuo ha debido quedar lejos de la patria permaneciendo ausente mucho tiempo, hasta terminar siendo un verdadero desarraigado, lo que ocurrió con los cientos de chilenos que para resguardar su amenazada integridad física debieron abandonar la nación y acogerse al asilo que les concedieron algunos países, pero yo me refería particularmente a quienes hemos permanecido siempre dentro de nuestro territorio; y más aún a los que hemos pasado nuestra existencia en esta ciudad amurallada por la cordillera de los Andes, ubicada en este fértil valle, a 543 metros sobre el nivel del mar y a sólo 100 kilómetros de la costa, y somos descendientes directos de los indios australes y de los conquistadores que con Pedro de Valdivia a la cabeza fundaron en 1541 la ciudad de Santiago a las orillas del río Mapocho.

-¿Entonces nosotros continuaremos siendo siempre iguales? –preguntó Rolando Armendáriz, el junior, hijo del más prominente arquitecto de Santiago, que hasta entonces había permanecido mudo aunque atento a la clase.

-¿Y el progreso y las ideas democráticas y libertarias emanadas del siglo de las luces, de la revolución francesa, los descubrimientos del psicoanálisis, la no aceptación del dogma católico, la liberación de la mujer y el final de su sujeción al sexo masculino, permitiéndole su participación en la política, las empresas, las profesiones, no son acaso cambios trascendentales que poco o nada han tenido que ver con nuestra caduca formación patriarcal?- Volvió a insistir Rocío.

-Sin duda que se han ido dando –concedió San José- Chile, como afirma la escritora de fama internacional Isabel Allende, queda a los pies del mundo, y por consiguiente la transición ha penetrado lentamente en el campo, y aún en el mismo Santiago, muchos sectores conservadores y recalcitrantes de la población han resistido obstinadamente y con tenacidad, los embates del modernismo... pero yo opino que lejos de lamentarlo, debemos felicitarnos por no haber sucumbido al libertinaje importado de Norteamérica, donde junto con el puritanismo protestante prolifera a su vez la más desenfrenada promiscuidad con su caterva de drogas, prostitución, alcoholismo y degradación, o de la

vieja Europa, cuyas consecuencias derivadas de dos guerras han producido un grave deterioro en el comportamiento social, repercutiendo directamente en la conformación de la familia

-¿La familia? –repitió Graciela

-Sí. La familia, precisamente el asiento de la sociedad y de la patria. –Recalcó el catedrático.

En ese momento se escuchó sonar el timbre y los estudiantes se apresuraron a guardar libros, cuadernos, plumas y a abandonar el aula.

Fue entonces cuando Rolando se fue acercando hasta el escritorio del doctor San José para comentarle –Muy interesante la clase de hoy –y agregó con cierta timidez- sobre todo la conclusión... la familia cómo fundamento de la sociedad, el indisoluble lazo capaz de mantenernos unidos.

San José sonrió benévolo. Aquel alumno suyo que había cancelado la carrera de Arquitectura por la de las Humanidades le simpatizaba particularmente, así que le respondió comedido:

-Y además es el único medio de no quedarnos solos – luego puso afectuosamente la mano sobre el hombro de su discípulo, mientras atravesaban los corredores. -Mire usted en algunos países de Europa donde la unión matrimonial se ha ido debilitando, el egoísmo ha cobrado su paga, y he aquí que muchas personas terminan sus días en la más absoluta soledad, con la consiguiente carencia de afecto y de compañía, lo que las conduce a buscarlas en un animal, que de una manera precaria les permite la oportunidad de conceder y recibir el amor que les ha sido tan difícil otorgar u obtener de otro ser humano. -Entonces, la soledad debe ser muy angustiante, sobre todo para los ancianos. –admitió Rolando.

Habían llegado hasta el espacioso hall que se destinaba a exposiciones. Eran las ocho de la noche y los estudiantes en masa iban abandonando ruidosamente los recintos del saber, entre risas y comentarios, entonces maestro y alumno fueron avanzando hasta la puerta de salida que desembocaba en la céntrica y concurrida Avenida Bernardo O'Higgins

-Me gustaría que siguiéramos abundando sobre el tema. –Propuso el junior.

-Lo abordaremos en otra ocasión – prometió San José- ahora es tiempo de ir a casa en busca de un bocado, para recuperarnos de las faenas del día y dar un beso a los hijos y a Angélica que me debe estar esperando.

- Y a mí, seguramente mi madre.

--Hasta pronto entonces –se despidió San José.

-Adios maestro –respondió el joven sonriendo, aunque en el fondo sentía cierto pesar al tener que prescindir de la compañía del ilustre catedrático a quién admiraba, y se quedó observando unos segundos cómo se iba perdiendo su figura entre la multitud, seguramente en pos del túnel inmediato del metro que lo acercaba al sector del parque Balmaceda donde vivía. Después se distrajo momentáneamente viendo salir a la multitud de chicas con sus faldas cortas mostrando los muslos, balanceando las caderas, jugueteando con los libros y lanzándole desafiantes miradas, y a pasos lentos se fue acercando hasta el estacionamiento aledaño a la universidad donde guardaba su pequeño auto, regalo navideño de su padre.

A esa hora de intenso tráfico la marcha de los vehículos se volvía lenta y pesada y Rolando debió conducir con cierto desgano, tal si no tuviera muchas ganas de llegar a su domicilio situado en el barrio Alto Las Condes, lo cual implicaba atravesar media ciudad e invertir cuarenta minutos por lo menos. De pronto se acordó que tenía hambre y se puso a imaginar que sobre la bien dispuesta mesa en medio del iluminado y lujoso

comedor de su hogar, encontraría seguramente servida una apetitosa cena y un exquisito postre, aunque el ambiente familiar distara mucho de ser precisamente muy agradable.

-2-

Rolando Armendáriz hizo abrir la puerta automática de la espaciosa cochera donde introdujo su auto. Su padre seguramente, aún no había llegado, lo que no le extrañó, pues muchas noches no cenaba en casa. Al momento la sombra de una persona detrás de los visillos de una ventana se perfiló para desvanecerse inmediatamente y el muchacho percibió que su madre bajaba precipitadamente las escaleras para venir a darle la más calurosa bienvenida tal si hubieran trascurrido años de no verse, en lugar de las pocas horas que habían mediado entre el almuerzo del medio día. Si bien aquel alud de abrazos repetidos lo halagaba, el besuqueo redundante seguido de una tanda de preguntas que denotaban la ansiedad por saber cuanto acontecía en su vida, llegaban en ocasiones a cansarle, y aunque jamás había incurrido en la imperdonable descortesía de rechazarla, al consabido apapacho seguía siempre una larga lluvia de quejas que había que tolerar.

A sus veinticuatro años cumplidos su madre lo continuaba tratando cómo a un niño a quién se mima a todas horas y se le cumplen puntualmente sus más mínimos caprichos; el joven agradecía esa predilección que durante los años de su niñez encendió los celos de su hermana Blanca, la que ahora pololeando con un muchacho que era un año menor que ella y del que estaba muy enamorada, había dejado de importarle.

Y tal cómo se lo figuraba apenas penetró en el hall y doña Leonor ya estaba esperándolo con los brazos abiertos, llenándolo de besos y acariciándole los cabellos.

-¿Cómo le fue a mi niño guapo? ¿Cómo estuvo tu tarde?

-Igual que todas madre –respondió Rolando- ya lo sabes: universidad, clases, maestros... y no me andes diciendo que soy guapo porque no es verdad, y además, tampoco me importa parecerlo.

-¡Pues claro que eres guapo! Y no me cuentes que tus compañeras no te lanzan miraditas y sonrisas.

-Igual que a todos los lolos, porque sin duda alguna no me encuentran nada extraordinario.

-Lo dices por modestia y eso habla muy bien de ti...pero seguramente debes tener un montón de admiradoras que andan rondándote esperando que te fijas en alguna de ellas.

-No es cómo te lo supones, claro, tengo tres o cuatro amigas, las demás son sólo compañeras que a su vez tienen también sus amigos y hasta novios.

-¿Y las clases? ¿Ahora que has mudado de carrera te parecen interesantes?

-Sí mamá; y en particular la clase de sociología del maestro San José que hoy habló acerca de la crisis en las relaciones humanas.

Y Rolando trajo a su memoria la calva intelectual del catedrático, cuyo rostro blanco y atildado se masculinizaba con la línea castaña del bigote siempre bien recortado, la patilla a la altura exacta, los ojos cafés siempre atentos y sonrientes, la boca serena propicia a la conversación prudente y a la discusión serena y verdaderamente civilizada.

-Y tú debes haber estado cómo siempre brillante ¿No es así?

-Apenas abrí la boca –reconoció el joven- aunque después hablamos unos momentos.

-¡Ah ese culto maestro de quién otras ocasiones me has hablado y que seguramente debe ser ya tu amigo!

-No tanto. Aunque ¿Qué más quisiera yo? Es un hombre sensato, y discreto defensor de todo lo chileno.

-¿Y porque no habría de ser tu amigo?... deberías invitarlo a un almuerzo en casa, cuando no esté tu padre naturalmente, aunque él debería tomar el ejemplo de ese caballero y aprender a elegir mejor a sus amistades, que seguramente deben ser siempre muy bien seleccionadas...

-No lo se mamá. Eso pertenece a la intimidad de cada quién; y en cuanto a invitarlo a un almuerzo, tal vez no aceptaría, es un hombre muy ocupado y además tiene a su esposa.

-¡Claro! Y seguramente debe darle su lugar, tal y cómo debe ser un buen marido.

-Eso quién sabe. Allá la vida de cada quién, aunque todo me hace suponer que se trata de un matrimonio bien avenido.

-No cómo el de tu padres querrás decir, que es un absoluto desastre, donde no hay respeto, ni lealtad, ni decencia...

-Ya me lo has dicho muchas veces mamá –apuntó Rolando con fastidio y cómo se percatara de su impaciencia agregó conciliador - y te aseguro que lo siento.

-Y yo te estoy inmensamente agradecida porque se de sobra que lo lamentas de verdad ¡Quién sino tú puede compartir mis penas, aquilatar esta traición infame, esta burla que no merezco –y rompiendo el dique de la lágrimas agregó- yo que le dediqué mi juventud y mi vida, que le di mis mejores años, cuando no era nadie, y que hoy injustamente me veo relegada, tratada cómo un cachivache viejo que se deshecha, cómo un trasto inservible, inútil, que ya no merece ni siquiera la compasión!

-Mamá por favor...

-Sí, digo bien, eso soy para tu padre, un estorbo, algo del que él desearía poder deshacerse, y hasta que me muriera, y a quién se le niega hasta la más mínima consideración, porque ahora lo importante para él es esa...

Leonor Rebollo del Castillo pertenecía a una familia clasemediera aunque venida a menos, si bien dotada con algún ligero barniz de cultura, que sin embargo le había permitido hacer durante algunos años un aceptable papel al lado de su marido, que con su profesión, en la que había conseguido destacarse, había escalado vertiginosamente peldaños sociales. De joven, hija única de una familia con dos hermanos más, y de la cual era la única mujer, no había sido de las muchachas que cediera a nada sino mediaban los indispensables requisitos de un matrimonio civil y religioso, así que apenas había salido una media docena de regateadas ocasiones con su antiguo pretendiente, hoy su marido, planteó sus inexorables condiciones, que de no haber sido aceptadas, hubieran significado el rompimiento inmediato, había sido educada en la severidad de un colegio de monjas que le habían enseñado más religión que ciencia, y al retornar a su casa, entendió que su único compromiso era conseguirse un marido que se hiciera cargo de ella por el resto de su vida, y que el objetivo implicaba no perder el tiempo con muchachos que no fueran directo al objetivo, Domingo Armendáriz se espantó al principio, y estuvo a punto de huir, pero al final cedió, quizás porque no tuvo bastante tiempo para pensarlo ocupado en labrarse un porvenir, o bien porque le pareció interesante la idea de tener a su lado una mujer, un hogar y hasta unos hijos, seguro de que después no le habrían de faltar las “extras”, como él llamaba a sus amistades femeninas para variar y divertirse; así que decidió en unas horas un matrimonio del que seguramente debió arrepentirse muchos años.

Leonor le dio dos hijos, que al principio afianzaron una unión de la que no podía afirmarse exactamente que había sido consecuencia de un enamoramiento, lo cual no pareció importarle demasiado al inquieto arquitecto que pasó los cruentos años de la dictadura planeando levantar edificios altos y seguros en una ciudad continuamente sacudida por una continua ola de sismos, resultando de tan merecido esfuerzo con una

sólido prestigio una amplia retribución económica que le permitió construir una elegante mansión construida a su gusto en un lugar exclusivo y llenarla de tapetes chinos, cortinajes de terciopelo, candiles de cristal cortado, copas de bohemia, bandejas de plata pulida, muebles modernos, cuatro o cinco cuadros con firmas de pintores célebres y hasta tazas de transparente blancura en las cuales se servía el te de los dichosos onces, a las cinco de la tarde, acompañado de deliciosos pastelillos y galletas untadas de paté y foie gras.

No obstante el matrimonio si bien se estabilizó preocupado por la formación de los hijos, fue menguando el encenque cimiento sobre el que se había asentado, pero algo vino a ensombrecer más la precaria unión, y fueron los celos, unas veces injustificados y otras con algún fundamento que atosigaron materialmente a doña Leonor al grado de perseguir a su marido a todas horas y en todas partes, quién por otra parte había ido adquiriendo un rango y una importancia social que no había fiesta importante, recepción oficial o en alguna embajada, a la que no fuera invitado, todo ello alternándose con frecuentes viajes a congresos, negocios, o asuntos que él inventaba con tal de escapar de su esposa y hasta de Santiago cuyo provincialismo empezaba a exasperarle; en un principio Leonor fue su asidua acompañante, pero fueron precisamente sus reproches, los directos causantes de que el esposo fuera prescindiendo de su compañía y buscando primero la de sus socios y colaboradores y al final hasta de alguna amiga con quién de pronto aparecía, aunque guardando las apariencias de rigor en una sociedad que no había perdido su tradicional condición de gazmoña; entonces los alejamientos del profesionista sumergían a la infeliz mujer en largas depresiones donde el lloriqueo se tornaba por días en un chaparrón de lágrimas, luego aquellas quejas eran depositadas en largas conferencias telefónicas con sus amigas, muchas de las que acabaron por hartarse de escucharlas tan a menudo y optaron por retirarse y hasta de negarse a tomar las llamadas pretextando ocupaciones o haciéndose las ausentes mediante el simple subterfugio de que sus empleadas contestaran el consabido: *la señora no está y no dijo a que horas va a regresar.*

En aquel momento se escuchó voz de Isabel quién abría la puerta del comedor para anunciar:

-Señora, la cena está servida.

-Gracias Isabel imagino que vamos a volver a cenar solos Rolando y yo.

-Por mi parte no hay prisa –atajó Rolando, aunque se sentía atrapado por la mordedura del hambre- Si deseas podemos esperar un poco más, con suerte llega papá.

-No si tienes hambre –protestó doña Leonor y dirigiéndose a Isabel añadió- vaya acercando los loquitos.

Rolando encontró una oportunidad para zafarse de los sollozos y lamentaciones de su madre y pretextando ir a lavarse las manos y llevar sus libros a su habitación, la dejó enjugándose las lágrimas.

Aquellas repetidas escenas lo hostigaban y se ingeniaba en ocasiones para evadirlas, pretextando que tenía que estudiar en la biblioteca universitaria para ahorrarse el tener que venir a almorzar, o asistir por las noches a alguna función de cine o concierto, lo que significaba que llegaría bastante tarde; sin embargo los fines de semana los pretextos eran más difíciles de fabricar porque algunas veces su padre solía quedarse en casa, lo que equivalía a disfrutar en su compañía un partido de tenis.

Cuando bajó la escalera éste había llegado y Rolando vino a saludarlo amablemente.

El arquitecto Domingo Armendáriz -Dinko para sus hijos, amigos y allegados- era un hombre bien plantado, seguro, elegante y por costumbre educado y amable. Buen conversador y dueño de una extraordinaria capacidad de convencimiento, arma que

utilizaba no sólo en los negocios, y particularmente en las juntas de accionistas de la empresa que había fundado y de la cual era el presidente ejecutivo, agrupando a los ingenieros y arquitectos más prestigiosos de la capital, y mediante la cual solía inducir a sus socios al arriesgue de cada vez más fuertes capitales; sino además con las mujeres a quienes casi siempre acababa por persuadir consiguiendo que abrieran las piernas,

El deporte había contribuido a mantenerlo en el peso ideal que no aumentaba ni disminuía, y las pocas canas que habían dado por brotarle de las sienes le daban un toque de hombre interesante de edad indefinida, en que ya no era joven, pero que ni mucho menos podría ser calificado de viejo.

Esa noche devolvió el saludo a Rolando con el aire acostumbrado en el que parecían mezclarse cierta burla, benevolencia y amistad, todo ello sin permitir que se asomara ni un ápice la autoridad paterna ni siquiera cuando el había determinado que no seguiría la carrera de arquitectura, de la que ya llevaba dos años cursados y que le auguraba indudablemente un magnífico porvenir, por la de filosofía y letras, de la que el sagaz hombre de negocios no podía barruntar grandes esperanzas, si bien confiaba en que al fin sus buenas relaciones en el gobierno le permitieran colocar a su hijo en algún ministerio donde sus conocimientos fueran útiles y su preparación académica pudiera dinamizarse en beneficio de sus aspiraciones, aunque en último caso él podría fácilmente crearle un puesto en su empresa donde además quiérase o no el chico podría aplicar lo que había aprendido en sus dos años cursados en arquitectura, profesión en la que indudablemente la sensibilidad y buen gusto del joven le habrían granjeado un rápido prestigio.

-¿No vendrá Blanca? –preguntó Domingo.

-Seguramente que no –respondió doña Leonor y añadió con sorna –ella también tiene sus compromisos.

Rolando se mordió los labios pensando en los secretos que guarda la fachada de un matrimonio burgués cómo el de sus padres, y fue a sentarse a un costado de la mesa, mientras Domingo y Leonor ocupaban una y otra cabecera. Isabel sonrió al joven por lo bajo mientras fue acarreado el entremés, en tanto su padre untaba una gruesa rebanada de marqueta con mantequilla alternándola con algún trago de vino rojo de Tarapacá, sin dar mayor importancia a la actitud entre belicosa y lastimera de su conyugue.

-El potaje es de porotos, cómo a ti te gusta –anunció la señora Leonor a su vástago por quién se desvivía.

-Gracias mamá –respondió cortésmente Rolando.

-Traiga palta, charquicanes, pan frito y pebre –ordenó a Isabel.

-Te agrada la comida de los pelientos –dijo Domingo a su hijo sin el menor tono de reproche.

-Es bueno acostumbrarse a todo –replicó Leonor- aunque también aprecia los platos de la buena mesa, de los aristócratas.

-¡Por Dios! –exclamó Rolando impaciente- Pruebo de todo. Pero nací aquí y lo mismo gusto del zapallo cocido con arbejas que de un soufflé francés.

Doña Leonor lo interrumpió para anunciar conciliadora:

-¡Hay asado!

A los postres Leonor que lucía descuidada y marchita, cómo una gata gorda eternamente malhumorada, soñolienta y a punto de sacar las uñas, hizo traer el pastel de choclo que había horneado personalmente para halagar el paladar de su “pequeño” y cuando Isabel vació el molde en una fuente, esparciendo por el lujoso comedor, el grato aroma del biscocho recién horneado, Leonor mostró el tibio recipiente con una sonrisa melancólica y casi pueril, que se le había quedado impregnada desde cuando joven, pero que a los cincuenta y ocho años que soportaba era cual una mueca, entonces con una expresión de

mal disimulado repudio sirvió a su esposo una rebanada que Domingo perdido en la lectura de un artículo de “El Mercurio” ni siquiera se tomó la molestia de agradecer, no así Rolando que devoró con verdadera glotonería el pancake y extendió su plato a su madre, en demanda de otra rebanada, diciéndole:

-No hay duda de que eres una excelente repostera mamá.

Leonor agradeció el cumplido abrazando a su hijo con la mirada, y depositando sobre su plato otra generosa porción.

-3-

Para fortuna de todos aquella noche transcurrió en paz sin las frecuentes frases indirectas que la matrona lanzaba sobre su esposo quién las escuchaba indiferente, cómo si no fuera precisamente a él a quienes se dirigían.

Aquel mutismo exacerbaba más a su esposa, quién tal vez habría preferido la respuesta que condujera al enfrentamiento donde ella pudiera desahogar todo el enojo, rencor, amargura, desprecio y hasta repudio por su marido.

Cuando se le agotaba el largo repertorio de reproches el remedio consistía en que Domingo se ausentara algunos días de su casa o se las ingeniara para permanecer en ella el menor tiempo posible, saliendo muy de mañana, cuando imaginaba que Leonor todavía dormía –suposición totalmente falsa- pues ella se quedaba despierta espionando cada ruido que delatará la llegada o partida de su marido, quién para evitarse gritos, discusiones, reproches y lágrimas, había terminado por abandonar la recámara conyugal para irse a refugiarse en su estudio cuya puerta cerraba con llave y era abierta solamente cuando Blanca o Rolando, previo anuncio, solicitaban hablarle, casi siempre en demanda de dinero, permisos para faltar algunos días por algún viaje, o avisos de que un compromiso los haría o bien llegar muy tarde, allá por la madrugada, o pernoctar en la casa de algún amigo o amiga.

Dinko consentía de buen grado y se decía que hasta los animaba. Franco, cordial, había llegado incluso a hablar a su hija de los inconvenientes de descuidarse y traer al mundo un hijo inoportuno o no deseado, pero no reprobaba, aunque nunca lo mencionó abiertamente, que una chica moderna, liberal, seguramente podría llegar a tener relaciones íntimas; esta postura que consideraba demasiado humana, enfurecía a su esposa quién le gritaba a todas horas que era un padre bonachón y acomodaticio que soliviantaba el libertinaje induciendo a su propia hija a cometer un grave pecado mortal sancionado por la santa iglesia católica más romana que chilena que prohibía terminantemente todos esos desvíos, so pena de pagar la trasgresión en el infierno donde diablos tenebrosos habían de atormentar por toda la eternidad a los irredentos asiduos a la concupiscencia atormentándolos con inenarrables suplicios.

En cuanto a Rolando, Domingo gustaba discutir con él de política, de libros y por supuesto de deportes, aunque el muchacho no era particularmente adicto a ninguno, si bien gustaba de esquiar en los Andes en la estación invernal, todo ello sin alterar jamás la frontera de mutuo respeto, intrínsecamente convenida, aunque nunca hablada.

El arquitecto daba golpes afectuosos sobre los hombros de su hijo, interrogándole sobre las clases, los amigos y alguna vez en tono distraído le preguntó si tenía novia, Rolando le respondió que no, si bien no desdeñaba tomarse un café o lamer un helado en la compañía de alguna condiscípula a la que casi siempre encontraba demasiado frívola o superficial, cuando no abiertamente estúpida, sin embargo reconocía que le gustaba desde luego que los ojos de las mujeres le dedicaran aunque fuera una que otra mirada rápida. En cuanto a las relaciones más íntimas Dinko le había insinuado que debía ser siempre

muy precavido y que si se decidía ir a alguno de esos lugares, debía ampararse con las máximas normas de higiene.

Muchas noches en las que Dinko acudía a cenar a su casa, abría “El Mercurio”, miraba el noticiero en la televisión, bromeaba con alguno de sus hijos y si su esposa se acercaba y dejaba caer algún comentario le respondía con comedimiento.

Por lo demás, desde hacía muchos años el matrimonio no cruzaba una frase amorosa, y si antes el arquitecto dejaba en la arrugada faz de su mujer un corto y desabrido beso, cuando ésta le reclamó que no la anduviera besando después de poner la boca en los labios de alguna perdida lo dejó de hacer; y más tarde cuando sus sospechas se volvieron certidumbres Leonor le endilgó el calificativo de traidor y de que aquellos besos, eran exactamente iguales al beso con el que Judas vendió a su Maestro.

Y obviamente al epíteto de desleal se añadieron otros: depravado, cruel, desconsiderado, mal padre que daba un pésimo ejemplo a sus hijos, ingrato, perverso y otras lindezas por el estilo. Al principio Domingo trató, aunque inútilmente, de dar explicaciones, negando la existencia de lo que Leonor llamaba la querida, que sin conocerla, ni haberse percatado realmente de su existencia, su conyugue le achacaba; entonces intentó contener sus ataques de celos explicándole que su trabajo requería tratar con mujeres de todas edades y condiciones, debiendo compartir con mucha gente almuerzos y cenas donde se resolvían negocios, pero sin que los lazos sociales lo condujeran forzosamente a establecer otro tipo de relaciones, Leonor no se tragó el anzuelo y aunque según ella había llegado hasta a aceptar que su esposo no fuera precisamente un santo, una vez que hubo confirmado con certeza que no se trataba de mujeres, sino de una sola, la que se había inmiscuido en su matrimonio, no tardó en tratarla de buscona, ofrecida, vampiresa, indecente, explotadora y cuando se agotaron los calificativos más o menos decentes, y constató que la ropa de Domingo olía siempre al mismo perfume, no dudó en referirse a la intrusa como una puta.

El hombre debió aguantar el chubasco, una, otra, cien veces repetido. El tema redundaba y era bienvenida y despedida.

Al fin cansado de responder evasivamente, de decir que aquello eran inventos y figuraciones y cuando el siguiente capítulo trajo las lágrimas, doña Leonor puso por testigos a todos los santos de sus espantosos sufrimientos, amenazó con la anulación del matrimonio, ya que en Chile no había divorcio y por supuesto con la que consideró sería el arma más destructiva: el escándalo, juró que iría en busca de la ramera que le arrebatara a su marido, pero Domingo la calmó haciéndole ver que lo único que conseguiría sería exhibirse ya que a nadie le iba a interesar lo que él hiciera con su vida, y que en esta época, nadie se iba a asustar ni le iban a negar por ello el saludo; y que aunque en Chile todavía por desgracia sobrevivían tres docenas de familias mochas, él no tenía nada que ver con ellas y sus negocios se ventilaban en buena parte con gente extranjera afortunadamente curada de toda esa moral caduca.

Así las discusiones y los enojos fueron subiendo de tono y Leonor hubiera ido mucho más delante si Blanca no hubiera intervenido rogando a su madre que evitara la divulgación pues ella estaba decidida a casarse y pretendía que la familia de su novio, que aunque en el fondo era anticlerical e inclinada a no espantarse de nada, nunca tuviera que enterarse de que en su hogar, ejemplo de solidez, tranquilidad y buenas costumbres, se escucharan gritos, amenazas y hasta la pretendida maldición anunciada en un momento de furia que la ofendida esposa pretendía lanzar sobre su marido.

No obstante aquellas penosas escenas parecieron disminuir cuando influyó el confesor de la doña, quién más cauto y benigno, le aconsejó prudencia argumentando que bien podía ofrecer a Dios semejantes ofensas, humillaciones y sacrificios, que más tarde les serían recompensados, cuando el desorientado retornara al redil, y que aunque ella le

llamaba su verdugo, a final de cuentas no era más que un pobre pecador tentado por el implacable demonio de la carne..

Al no encontrar en el sacerdote una respuesta satisfactoria y contundente, algo así como un anatema o excomunión que refundiera al infiel en el abismo, doña Leonor trató de acudir a sus hijos, pero Blanca lejos de condolerse por la suerte de su madre la instó para que se propusiera modernizar, poniendo al día su figura, su vestuario, sus peinados, su maquillaje, extinguiendo canas, surcos, patas de gallo, y arrugas que le invadían toda la cara, y eliminando los rollos y bolas que le afeaban el cuerpo, y procurándose sobre todo, mejorar su calidad de vida, evitando hablar cómo un loro trichahué, y tornando a figurar en la sociedad, viajar, divertirse y en lugar de pelear con Dinko sugerirle que la llevara a fiestas, a bailar, al cinematógrafo, a nadar y si era posible hasta a realizar juntos algún recorrido por otro país; entonces, cuando su padre viera que la imagen de ella cambiaba, reaccionaría positivamente y poco a poco se iría integrando otra vez, que al cabo y para su fortuna, ella era la esposa, la señora con todos los derechos y prerrogativas, y la otra sólo una aventura pasajera que de antemano estaba condenada a terminar. No obstante aquella positiva argumentación lejos de aliviar exasperó más a la señora Leonor que al final sólo pudo hallar el respaldo requerido en su hijo adorado a quién seguía tratando cómo cuando era apenas un jovencito, y tal cómo lo deseaba encontró en Rolando los oídos abiertos y la actitud dispuesta a comprenderla, el muchacho desde pequeño había estado muy pegado a las faldas de su madre y por sus desvelos había salvado la vida en repetidas ocasiones, tampoco pudo olvidar que en sus inicios había sido un niño marcado con graves impedimentos, poco aplicado a los estudios y quién sólo gracias a la paciencia y dedicación materna había conseguido finalmente superar su ineptitud para las matemáticas, los giros verbales del inglés y hasta descubrir su inclinación por las letras, lo que había descubierto precisamente cuando en su cama de enfermo se embelesaba escuchándola referir los cuentos rusos, plagados de hadas, duendes, gnomos, ninfas, náyades, ondinas y el “Corazón Diario de un Niño” que lo habían llevado de la mano por los rincones de la lejana Italia, y hasta los atrayentes relatos de Rudyard Kipling que su madre le leía; y aún cuando él era ya casi un adolescente, la veía inclinada atenta a su sueño, y dispuesta a satisfacer todos sus deseos e inquietudes, animándole cuando debía enfrentarse y sobrellevar a sus agresivos condiscípulos y no muy indulgentes maestros, prodigándole en repetidas frases la seguridad de que poseía envidiables cualidades, que era muy inteligente y agradable y que su simpatía y capacidad le habrían de conceder éxito en cuanto se propusiera hacer en la vida; y por último cuando había decidido abandonar la carrera de arquitectura por algo inseguro y ambiguo cómo serían las letras, ella le apoyó asegurándole que no le faltaría trabajo en un periódico, una televisora o estación de radio y por supuesto en la docencia donde haría un espléndido papel. Para el muchacho aquella impagable deuda estaba siempre presente en su memoria. Menos aún podría dejar de reconocer su apego incondicional cuando siendo ya un hombre, ella continuaba mimándole, repostando pasteles para él, eligiendo sus calcetines y corbatas y saturando su cuarto de baño de sales, lociones caras y jabones de lavanda; por todo ello Rolando se conmovía de tener frente a él aquella sonrisa melancólica, que sin duda alguna había cautivado a su padre hace cuarenta años, y le hacía sufrir que hoy fuera solamente una mueca media grotesca en una boca semi torcida por el enojo y la desesperación, entonces ¡Cómo hubiera deseado que su madre hubiera seguido siendo bella tal y cómo la veía en las fotografías que colgaban en las paredes de la casa, o mejor aún, en el cuadro que con su marialuisa dorada se había instalado arriba de la chimenea y que había sido la obra de un artista medio enamorado de la modelo y en el que se percibía que el pintor atendió más al placer de realizarlo que a la consabida paga! Aquella obra de arte proclamaba la pasada gloria de su madre, envejecida por cuidar a sus hijos, atenta a

encumbrar a su marido para que este alcanzara la alta posición social y profesional que hoy detentaba y de la que ella había sido la artífice ayudándole a escalar cada peldaño de la escalera que le había conducido al triunfo.

Aquella mujer ajada, gorda, fea, con los cabellos mal teñidos, con algunos dientes faltantes, abandonada más por negligencia o cansancio que por la edad física, era su madre, la que le había dado la vida, no sólo la primera vez en que lo trajo al mundo, sino en esa renovación continua, todas las veces en que estuvo a punto de perderla, de fracasar, de caer cómo muchos de sus compañeros en el alcohol o en la esclavitud de las drogas. Era la madre heroica que había formado largas filas frente a los almacenes en los tiempos de Salvador Allende cuando escaseaban los comestibles escondidos por los voraces comerciantes que se desquitaban ante la amenaza de que la revolución socialista les cortara las uñas inescrupulosas, castigando así al pueblo que hartado de ser explotado osaba levantarse al son de las consignas socialistas.

Entonces al joven le parecía que desconocer aquella ternura tantas veces prodigada, olvidar aquella abnegación, no sólo sería una ingratitud sino una verdadera perversidad.

Noble y sensible entendió que su obligación era colocarse al lado de su progenitora, consolándola, soportando sus rabietas de mujer despechada, secando sus lágrimas, convencido de que a pesar de su decrepitud la pobre mujer no merecía el pago del engaño, y la marginación; sólo que el muchacho debía enfrentarse a otro problema todavía mayor, el causante de ese sufrimiento, de esa rebeldía que Rolando consideraba justa, aunque no del todo injustificada, era su propio padre y que aunque la diferencia de edad entre ambos era mínima, Domingo se había conservado espléndidamente bien, pese a que trabajaba catorce o quince horas en un día, en tanto que su madre se había embarcado en un rápido tobogán que la estaba conduciendo irremediamente hacia la vejez y hasta la misma ancianidad, entonces encontraba disculpas a la conducta de su progenitor, quién era un hombre viril rodeado de mujeres jóvenes y atrayentes, que recibía insinuaciones y flechazos sin buscarlos, que aún lanzaba miradas y piropos a otras mujeres que le correspondían y que aún dentro de su misma empresa era objeto del coqueteo y de las sonrisas de su propio personal femenino, entonces, era explicable que sucumbiera ante el encanto de la novedad, o la frescura de la juventud y porque no reconocerlo del imán del sexo que debía atraerlo tanto cómo a cualquier hombre de cualquier edad. Rolando pensó en hablar a su padre, para rogarle, jamás para exigirle, que pusiera término a aquella situación, o al menos que la hiciera más discreta, se imaginaba que la aventura ya duraba demasiado tiempo lo que era un caldo de cultivo que alimentaba la maledicencia de la gente sin quehacer, aficionada a meterse en las vidas ajenas, pero que le calentaba la cabeza a doña Leonor, envenenándola por todos los medios, incluyendo en primer plano al teléfono donde era informada que Domingo había sido visto del brazo no de la querida, nombre que le rebotaba al muchacho; sino de una amiga, entrando a un cine, cenando en un restaurante o en alguna reunión social donde era fotografiado, ya que los periódicos con tal de llenar sus páginas con caras amables de gente bonita y elegantemente vestida, no le iban a solicitar a quienes alimentaban las noticias los certificados de matrimonio. Acobardado ante la sola idea de tratar un tema tan espinoso y temiendo que Domingo lo enviara a paseo con grave detrimento de la cordial relación que ambos habían llevado desde siempre, Rolando aplazaba indefinidamente el enfrentamiento, al que su padre podría responder simplemente que él no era nadie para juzgar sus actos, tanto menos si dependía aún económicamente de él y era un hijo de familia incapaz a sus veintitantos años de imaginar el costo y esfuerzo de ganar un solo peso, respuestas todas muy razonables; entonces el atribulado muchacho se quedaba más confuso y acobardado de su impotencia, y tornaba a su pasivo rol de escucha

sopesando el sufrimiento de la doña que se rebelaba al ser marginada según ella por una golfa, entonces el joven sentía muy dura la palabra y alguna vez se atrevió a responder a su madre que no sabía realmente de quién se trataba, si es que en verdad existía y no era un invento del chismorreos y la maledicencia de las odiosas gentes desocupadas que no tenían más que hacer que envenenar las vidas ajenas con sus cuentos y chismorreos. Incapaz de obtener ninguna solución que tampoco estaba en sus manos otorgar, Rolando solicitó a su madre que para evitarse más disgustos prescindiera simplemente de escuchar aquellos venenosos comentarios, doña Leonor aceptó al principio la sugerencia, pero los celos son muy malos consejeros y al olisquear la ropa del marido, espiar su chequera personal cuando podía, indagar lociones, carteras y pañuelos con sus iniciales la hicieron estallar, acorralando nuevamente a su hijo con sus incesantes lamentaciones, que Rolando debió resignarse a volver a soportarlas, entonces se le ocurrió que había dado con un posible recurso que solucionara el conflicto y pusiera la paz en su casa: hablarle a ella, y suplicarle en nombre de la familia, de la compasión misma en la que él ingenuo muchacho todavía creía, que cancelara aquella relación, que no se atrevía a calificar de ilícita, pero que hacía sufrir inmisericorde a otra mujer, y hasta se llegó a adjudicar que poseía grandes dotes de persuasión y que no le sería difícil convencerla.; claro, aquello no implicaba ni mucho menos, una solución segura, pues podría tratarse de una persona que tentada por la ambición se empeñara en sostener el vínculo con un hombre que debía saber era casado, en ese caso, se vería la manera de ofrecerle una cantidad que él estaba dispuesto a entregar aunque tuviera que deshacerse de su auto, o de su rolex, y aún la misma doña podía vender algunas antiguas alhajas de familia, salvadas de la revolución allendista y del saqueo policial y militar de los pinochetistas. Pero aún quedaba un obstáculo que salvar ¿Quién era ella exactamente? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde podría encontrarla? ¿En que se ocupaba? Y Rolando suponía que un hombre de la estatura y calidad de su padre no se iba a fijar en cualquier muchachita y menos aún en una prostituta; y una tarde en que madre e hijo se abrazaron enternecidos, mientras doña Leonor le llenaba el rostro de lágrimas y mocos, Rolando ofreció intervenir y se echó el san benito de hacerla de detective y vigilar a su padre hasta descubrir quién podía ser la tal amiga, que tal vez, -admitió el muchacho- con más inconsciencia que maldad, perturbaba la tranquilidad de aquel hogar.

-4-

Y no pudo caberle duda que de entre todas las profesiones sucias, incluyendo por supuesto la de policía, ladrón, asaltante, secuestrador o prostituta, la de espía resultaba igualmente abyecta y miserable, y más aún cuando se trataba de espiar a su propio padre, entonces la ruindad no tenía nombre.

Rolando se debatía entre remordimientos, lo que intentaba hacer era no solamente innoble sino vil y Dinko no merecía eso. Aquello equivalía a una traición. Traicionaba el afecto, la confianza, la generosidad de la que había sido siempre objeto y recibido múltiples muestras, y todo ello instigado por una mujer senil que al borde de la histeria se debatía en la maraña de los celos, pero aquella mujer ¡Era su madre! Ella, al igual que todas las mujeres esgrimía para conseguir sus fines un arma poderosa: e inapelable: las lágrimas. Y las lágrimas lo habían momentáneamente convencido, para ponerlo después a analizar con inaudita frialdad lo ridículamente que resultaba doña Leonor en las fronteras de la casi ancianidad a la que la había conducido el descuido de su persona, gimiendo a toda hora, olvidada del decoro, la autoestima y la dignidad, por un hombre que ya no era suyo, que no había sabido retener ni conservar, por más que sin dudarlo había sido un excelente e inseparable compañero muchos años. Pero el encanto había

cesado. La pasión que es el aceite que une a las parejas había huido, la atracción estaba olvidada y sólo quedaba el deber, y él no lo había desconocido. No amaba ciertamente a Leonor, pero no le negaba ni el nombre, ni el techo, ni la compañía, ni mucho menos el pan.

La naturaleza los había vuelto diferentes, la edad física había dejado estragos irreparables en la mujer, pero había sido mucho más benévola en el varón, y he aquí que se manifestaba elocuentemente en Dinko, en su afán de vida que parecía inacabable, en su energía, en su capacidad de trabajo, en sus iniciativas y en aquel imperecedero afán de hacer dinero, prestigio, relaciones y por ende en amar, en amar plena física, sentimental e intelectualmente una mujer seguramente acorde con la juventud que aún palpitaba presente en él.

Rolando reconocía que si su madre hubiera sido más tolerante y hasta inteligente hubiera reservado para ella el afecto de su marido, menos carnal, pero mucho más consistente y por encima de las aficiones pasajeras que hubiesen entretenido transitorias sus últimos ímpetus amorosos.

Dinko nunca había hablado de separación y aún cuando ésta se hubiera dado Leonor habría continuado siendo su confidente, su verdadera amiga, la depositaria de sus inquietudes, en una palabra la poseedora de la verdadera intimidad de su hombre.

Además en la sociedad conservadora y casi patriarcal de Chile un hombre de la talla de Domingo debía frenar sus pasiones, tanto más que con dos hijos que estarían siempre pendientes de su conducta, no tanto para juzgarla, pero si para cimentar a través de la solidez familiar su porvenir, respaldándose en aquel cuadro familiar que cómo afirmaba el maestro San José se asentaban la sociedad, la patria, la religión y las buenas costumbres.

Rolando meditaba cuan presto concediendo la razón a su madre quién poseía el derecho indiscutible y que no merecía ser relegada. ¡Era una persona no un objeto! Y que a pesar de su deteriorada figura, de su rostro marchito había sido depositaria de lo que hoy seguramente debía atraer a Domingo: la juventud, la belleza, la frescura, la cara risueña, el tentador misterio que los hombres ansían develar en una mujer y que en resumidas cuentas viene a ser igual que todas, pero que el varón enamorado se obstina en suponerla diferente, hasta que la intimidad le descubre que es un ser humano cómo todos, un binomio de cualidades y defectos, de virtudes y contradicciones, de sinceridad y de mentira, sujeta a las leyes dictadas para todos y que llevan a las almas y a los cuerpos al desgaste y a la entropía, a la vejez y a la muerte.

Navegando entre aquel cúmulo tempestuoso de pensamientos, arrepentido de haber tomado partido por uno de sus padres, en lugar de seguir adoptando la posición correcta de la imparcialidad y la mesura, permitiendo que fueran ellos quienes arreglaran los conflictos que únicamente a la pareja pertenecían, Rolando se hubiera sentido tranquilo de no estar entremedio de un problema que realmente no le pertenecía; y se culpaba de haberse dejado envolver, chantajear, comprometer. Cuanto hubiera deseado entonces haber contado con el juicio sereno, con el consejo oportuno del profesor San José, cuya amistad perseguía casi con desesperación, aunque estaba seguro que él le habría inducido a separarse de aquel juego peligroso del que lo más probable es que no saliera bien librado.

Sin embargo, continuaba bajo la presión de su madre que no cejaba de empujarlo al espionaje, recordándole su promesa y su compromiso, machacando su adhesión y recordando a cada momento que no contaba con nadie en el mundo más que con él.

El muchacho daba vueltas al asunto hasta que una tarde por fin se decidió a faltar a clases para iniciar su triste tarea de espionaje, prescindió de su auto, se disfrazó de obrero, se compró una gorra que le ocultaba la cabeza, unas gafas negras y se fue a

esconder cerca de las oficinas de la empresa del arquitecto, ubicada en un moderno edificio de la avenida Américo Vespucio, primero se cercioró de que su auto se hallaba en el estacionamiento de la compañía, luego se dedicó a rondar las instalaciones con mucha discreción hasta que lo vio salir precisamente cuando daban las seis de la tarde, una hora por cierto muy friolenta en el rumbo próximo a la cadena montañosa de los andes, apenas lo divisó detuvo un taxi pidiendo al chofer que siguiera, previa generosa propina, a discreta distancia el auto de Dinko, evitando hacerse sospechoso y temiendo a cada rato ser descubierto y pasar la consiguiente vergüenza que el percance pudiera acarrearle. Domingo inocente del espionaje del que era objeto enfiló su auto al centro de Santiago donde lo acomodó en un estacionamiento aledaño a La Moneda y se fue introduciendo con pasos tranquilos en la zona peatonal. A esa hora media ciudad se volcaba en los almacenes, heladerías, cafés y cinematógrafos, comprando pasteles, prendas de vestir, perfumes y todas las frivolidades inventadas para separar el dinero de los bolsillos del público a la caja de los comerciantes.

Rolando aunque distante procuraba no perder de vista a su padre, si bien en ese momento una curiosidad infantil enteramente personal lo incitaba a dar forma a la borrosa figura femenina que sin rostro debía representar a la mujer a quien su madre llamaba despectivamente la querida.

La caminata se prolongó por los Tribunales de Justicia, el Museo Chileno de Arte Precolombino y el Portal Hernández Concha.

En alguna confitería Dinko debió haber comprado una caja de chocolates que a distancia Rolando apenas alcanzó a divisar. Ahora abandonaba la concurrida calle de La Merced y descendía hasta Huérfanos, allá se le perdió de vista entre la multitud de viandantes, y de pronto Rolando no atinó donde podía haberse metido, la arteria comercial estaba saturada de establecimientos comerciales, casas de cambio, cafeterías y oficinas bancarias, entonces no supo que hacer, se sintió ridículo y se despojó de la gorra prenda que sinceramente detestaba y de haber sido posible se habría despojado de aquella indumentaria de obrero de la construcción; el aprendiz de detective se sintió frustrado, convencido de que aquello no era su oficio y de que su seguimiento por media ciudad no había dado el resultado apetecido, y aparentando fijarse en los escaparates repletos de mercaderías se puso a urdir la excusa que daría a doña Leonor, haciéndole ver lo descabellado de la idea de ir a reclamar algo que no le incumbía, peor aún si se trataba de una petición que seguramente la persona no tenía porque escuchar ni menos atender, pero conjuntamente con la absurda confrontación se le fue despertando la curiosidad por conocerla y saber de quién se trataba.

De pronto, cuando menos lo imaginó vio a treinta metros salir a su padre al lado de una muchacha, si bien, no les pudo ver el rostro pues ambos le daban la espalda. Rolando sintió que el corazón le latía fuertemente y los nervios lo traicionaban, y ya no tuvo coraje para seguirlos, más bien, los dejó alejarse rumbo al museo que se ubica detrás de la Basílica de La Merced o tal vez hasta el cerro de Santa Lucía donde iba a terminar la calle.

Entonces con pasos medidos se volvió para acercarse sigilosamente hasta donde debió haber salido la pareja y descubrió que se trataba de una inocente agencia de viajes que en la fachada ostentaba el anuncio de Excursiones Buzati, Rolando pasó por el frente atisbando una moderna oficina con escaparates al frente y escritorios ubicados por ambos lados al interior y provistos de computadoras, calculadoras y todos los implementos de oficina. Un par de muchachas guapas y sonrientes estaban frente a los escritorios, una hablando por teléfono y la otra pegada a la pantalla del computador, un empleado de no más de treinta años iba y venía entre los escritorios trayendo algunos papeles entre las manos. Iban a dar las siete de la noche y Rolando que los observaba a distancia notó que

el personal se preparaba para retirarse. Luego imaginó que con aquella vestimenta podía hacerse sospechoso por lo que optó por retirarse a ver otros escaparates con las manos metidas en los bolsillos, dio una vuelta y nuevamente sobre la acera volvió a pasar frente al local que exhibía en los aparadores calcomanías de líneas aéreas, hoteles y bancos así como carteles con llamativos panoramas a todo color que hacían aparecer paradisíacos algunos rincones del planeta. Entonces, tal si buscara desprenderse del enorme peso que llevaba encima decidió descender por San Antonio hasta toparse con la Avenida O'Higgins a la altura de la Universidad de Chile, donde en las calles adyacentes a la democrática institución abundaban cervecerías repletas de estudiantes que vestidos más o menos en las mismas fachas que portaba discutían de mil temas y arreglaban el mundo consumiendo enormes tarros de cerveza, el lugar lucía gris de humo y sólo hasta el último rincón Rolando encontró una mesa vacía, allí se instaló para vaciar un tarro del ambarino y espumoso líquido intentando llevar sosiego a sus espíritu y dominar sus inquietudes.

-5-

Rolando aún no terminaba de convencerse si la joven que alcanzó a ver de espaldas al lado de su padre aquella tarde era la temida rival de su mamá quién había convertido a su vástago en el confidente de todas sus desventuras y en el pañuelo donde desahogaba sus lágrimas. El joven ya cansado de escuchar sus lamentaciones se abstuvo de mencionarle nada de su reciente descubrimiento, pero en cambio la dio por rondar a diferentes horas del día la céntrica calle que a todas horas rebosaba de gente; sus paseos por cierto muy bien disimulados se perdían entre aquel incesante ir y venir, y él trataba de guardar el incógnito usando las gafas oscuras.

En ocasiones cuando la aglomeración favorecía más el anonimato se quedaba observando atentamente los afiches colocados en los escaparates que anunciaban las excursiones a la islas de Pascua, Robinson Crusoe, Chiloé, al Desierto de Atacama, el Altiplano, Temuco, Talca, Rancagua, Valdivia, Isla Negra, Osorno, Churubuco, y los lejano Puerto Mont o Puerto Varas; entonces perdido en la lectura de los interesantes textos se olvidaba del objetivo de su pesquisa, contentándose con echar una rápida mirada al interior, para observar casi siempre el idéntico panorama: las chicas atendiendo clientes con mapas y folletos extendidos sobre los escritorios, un empleado tecleando la computadora seguramente ocupado en hacer reservaciones y boletos y otro muchacho que no había llegado a ver en las veces anteriores haciendo llamadas telefónicas y al fondo encerrada en una oficina protegida por cristales una figura femenina que debía ser la gerente.

Una ocasión ella abandonó el privado y se adelantó a consultar algún dato con una de sus subordinadas mientras escribía sobre un papel que traía desdoblado entre las manos, Rolando pudo apreciar que se trataba de una muchacha alta, dueña de un cuerpo verdaderamente escultural, aquella rápida visión se diría que casi lo espantó porque al momento hizo por apartarse rápidamente, esta vez para retornar a pie hasta su universidad caminando avergonzado y reprochándose el indigno quehacer en el que estaba invirtiendo el tiempo y jurándose que lo mejor sería dejar todo por la paz; se acercaba la hora del almuerzo y cuando menos lo esperaba fue a chocar con otro peatón que sin dudarle iba tan distraído como él, iba a excusarse cuando al levantar los ojos vio en frente la cara sonriente de Dinko, entonces más rojo que una amapola balbuceó:

-¡Hola papá! ¿Qué andas haciendo por aquí?

-¿Y tú?

-Pues... buscando un libro, un libro sí, que no tienen en la librería universitaria, y ando viendo a ver si lo encuentro por alguna de las librerías...

-¿Un libro? ¿Qué libro necesitas?

-Pues... un libro de Jorge Edwards... o de Vicente Huidobro que nos han pedido leer y hacer algún análisis...

-En la biblioteca de la casa seguramente podrás hallar algo de esos autores.

-Es que... no había buscado bien... creo que sólo encontré algo de Gama, eso es de Alberto Gama.

--¿Y los ponen a leer a esos escritores? Ya son pasaditos... -comentó el arquitecto.

-Pues sí... ya lo ves... -admitió Rolando ya más dueño de sí- ¿Y tú, que andas haciendo por aquí?

-Vine a recoger unos boletos, Mañana salimos el ingeniero Navarro y yo a Mendoza.

-¿Y porqué no enviaste por ellos a alguien de la oficina? -preguntó ingenuamente Rolando-

-Tengo a todo el mundo ocupado y prefiero yo mismo arreglar mis asuntos y no fiarme de los empleados que con un se me olvidó me echan a perder los planes.

-Así que partes mañana.

-Sí, me voy por tres o cuatro días.

-¿Y porque no reservas directamente en la línea aérea?

-No, prefiero hacerlo a través de la agencia, la señorita Buzati es la que maneja lo concerniente a viajes en la oficina.

-¿Buzati? ¿Es italiana?

-Nunca lo he indagado, aunque el apellido lo es, se trata de una persona muy profesional, amable y eficiente, y en ocasiones cuando los vuelos están saturados, ella siempre consigue un lugar.

-¡Qué bien! Debe de ser una persona muy bien relacionada.

-Por supuesto. Y además debo reservar el hospedaje.

-Bueno, pues adelante, ya no te entretengo más.

-Hasta la vista, aunque no nos veremos para almorzar y tal vez ni aún para la cena, tengo que preparar todavía los documentos que llevaré en el viaje, así que avisas a tu madre que no me esperen.

-Así lo haré papá.

-Llámame Dinko, como siempre. -Solicitó el arquitecto que por lo visto estaba de excelente humor.

Ahora sí Rolando supuso haber descubierto todo, su padre, muy raras ocasiones solía referirse con tal amabilidad de una persona, y en una corta conversación había descrito a la señorita. Buzati cómo profesional, amable, eficiente y además conseguía lugares en los aviones aunque estos estuvieran hasta el tope. ¡Era ella! ahora sí no le quedaba duda y él estaba muy contento pues iba a almorzar y a cenar con ella, y bien pudiera ser que el tal viaje de negocios lo hiciera en su compañía y no a Mendoza, sino hasta a Buenos Aires.

Rolando se fue elucubrando sus conclusiones y pretendiendo ahorrarse la cara llorosa de doña Leonor optó porque él tampoco iría a casa y en el primer teléfono público que encontró a mano pidió a Isabel que avisara que ni su padre ni él irían a almorzar, uno por un viaje de negocios y el otro porque debía quedarse a estudiar en la biblioteca de la universidad, Isabel aconsejó que no se mal pasara y él respondió que se conformaría con un completo en la cafetería y ya llegaría más tarde a la hora de la cena.

Pero a partir de aquel día una devoradora inquietud comenzó a roerle la tranquilidad, y sus paseos por Huérfanos a cualquier hora del día se volvieron más asiduos lo que propició que en más de alguna ocasión pudiera apreciar con mucho más detenimiento la graciosa silueta de la señorita. Buzati quién poseía un verdadero talle de

princesa, una cintura delgada, los cabellos largos que se le desparramaban con estudiado descuido sobre el hombro izquierdo y unas facciones delicadas y elegantes en un rostro tan terso y blanco que sólo un experto podría adivinar la bienhechora mano de una delgada capa de maquillaje.

Al contemplarla Rolando empezó a sudar y sólo mediante un esfuerzo por controlarse pudo continuar su camino, aparentando calma, respirando hondamente y tratando de que su corazón no amenazara con salirse de la camisa.

Aquella perturbadora emoción le empezó a quitar el sueño y las ganas de estudiar, aunque repasando a Alberto Gama trataba de identificar a sus heroínas con la bella desconocida.

Entonces se le ocurrió que había ido demasiado lejos reiterándose que no tenía ningún derecho de intervenir en los asuntos de su padre y menos aún a atreverse a solicitar a la dama que terminara una relación ilícita con un hombre casado, lo cual no era sólo una temeridad sino una redoblada estupidez. Y cómo su madre siguiera lloriqueando Rolando harto de oírla tuvo que decirle que después de meditarlo mucho era realmente imposible probar que su padre mantuviera una relación íntima con alguna de las muchas personas que por su profesión trataba, y que aunque así fuera, sorprenderlos era mucho más difícil, y aunque esto llegara a darse su padre lo mandaría al demonio, refrescándole que él no era nadie para juzgar sus acciones y si pretendía hablar con la muchacha podría irle todavía peor.

-Entonces ¿Se trata de una muchacha?

-No se madre, no se de quién se trate.

Pero ya doña Leonor que había pescado al vuelo la insinuación estallaba en gritos histéricos.

-¿Una muchacha? ¡Claro! Cómo si el viejo rabo verde estuviera para muchachitas ¿No se veía las canas en las sienes? ¿O se creía acaso un lolito? ¿No le daba vergüenza pasearse con una mina que podía tener la edad de su hija? ¿No tenía miedo al ridículo, ni aún un poco de dignidad y respeto por si mismo?... exhibiéndose ante todo Santiago.

-Mamá Santiago no se ocupa de esas tonterías. Es una ciudad de cinco millones de habitantes, cómo nos acaba de informar el profesor San José, y cada quién está ocupado en sus asuntos, ¿A quien podría importarle lo que haga uno? Y además... debes tener en cuenta que ya son otros tiempos, y que ya nadie se fija en quién anda con quién.

-Pero en los tiempos que sean eso se llama ¡Libertinaje! Y en el caso de un hombre casado ¡Adulterio! ¡Sí, adulterio!

-Mamá por favor...

-Ningún mamá que valga. ¡Eres un mal hijo! ¡Un hijo ingrato disculpando o tapando las porquerías del viejo!

-Eso es falso, yo no estoy disculpando nada. A mí no me consta nada. Y simplemente no debo, ni deseo inmiscuirme en los asuntos de mi padre. El debe resolver su vida.

-¡Tú lo has dicho, él! Por que yo no cuento para nada.

-Yo no me he atrevido a tanto. En todo caso son ustedes quienes deben aclarar sus asuntos. Ni Blanca ni yo tenemos porque opinar ni intervenir.

-Ni Blanca ni tú porque son dos hijos malagradecidos y desnaturalizados.

Y dando por terminada la conversación doña Leonor se alejó dando un fuerte golpe a la puerta y dejando a Rolando en medio de una cruda moral. Esa noche cenó solo. Isabel le informó que la señora estaba indispuesta y había ordenado que no se le molestara. E indispuesta siguió muchos días, en los que madre e hijo apenas se cruzaron alguna vez que se encontraban un frío saludo.

Pero no todo había concluido allí Al principio Rolando intentó desligarse totalmente del asunto premeditando que picar la cresta de su padre podría salirle caro, y no obstante la curiosidad de saber más sobre la señorita Buzati lo inquietaba a todas horas. Decidió no acudir más a la calle de Huérfanos donde convino no tenía nada que hacer, pero la carne es débil y una tarde no le alcanzó la fuerza de voluntad y se decidió a pasar nuevamente por el establecimiento tirando miradas a lo lejos por ver si descubría en el fondo la figura de la joven, esta vez su audacia lo llevó demasiado lejos, pues buscando poner la cara en otro sitio los ojos se le fueron tras de la ejecutiva que hablaba por teléfono haciendo anotaciones con la mano derecha sobre un papel. Esta vez Rolando incontrolable avanzó algunos pasos dentro del local, precisamente cuando la gerente terminaba su llamada, y levantándose de su asiento vino directamente hacia él, el joven sintió que la tierra se abría para devorarlo pero pensó que para intentar huir ya era demasiado tarde y la señorita Buzati estaba frente a él.

-¿Puedo ayudarle en algo?

Rolando sintió que las orejas le ardían de vergüenza y un endemoniado escozor le recorría todo el cuerpo.

-Pues pasaba por aquí... y se me ocurrió... un viaje... eso es hacer un viaje, claro, no por el momento, cuando disponga de mis vacaciones.

-Pase usted y siéntese por favor.

El muchacho se adelantó muy obediente y se despojó de las gafas, mientras empezaba a observarla, en tanto ella sacó de una cartera su tarjeta y la alargó.

-Soy Ana Buzati –dijo con una mirada cálida, mientras le extendía la mano que Rolando estrechó torpemente.

-Yo soy Rolando... Rolando Armendáriz...- dijo el apellido, como si la voz se le fuera apagando poco a poco hasta terminar en un susurro.

-¿Cómo dijo? –preguntó la joven.

-Armendáriz –dijo Rolando- mientras imaginaba que el suelo ardía bajo sus pies.

-¡Ah, Armendáriz! –repitió ella, mientras desparramaba en sus ojos y en la sonrisa una burla, pero una burla complaciente y afectuosa, cómo de una madre que llama la atención de su pequeño por alguna travesura, pero que en el fondo se ríe de ella y hasta la celebra.

-¿Y a donde desea viajar el señor Armendáriz?

-Pues... pues verá usted...

-¿No tiene aún decidido nada? Lo he visto en otras ocasiones rondar por la agencia.

-Sí, en efecto. Me atraen mucho los promocionales... verdaderamente son muy atractivos...-repitió el adjetivo arrepintiéndose al punto de la redundancia.

-Pero no ha elegido todavía nada...

-Pues verá usted... mi idea es salir de la ciudad y ver otro panorama, buscar un poco de tranquilidad, de descanso.

-¿Se aburre usted en Santiago?

-Bueno, no precisamente. Estudio, estudio letras en la universidad... la Universidad Católica.

Ana se pasó la mano por los cuidadosamente desordenados cabellos castaños y entreabrió los labios cómo una flor abierta dejando apreciar dos hileras de dientes que se diría eran perlas.

-¡Ah, ya comprendo! Porque sería extraño que un joven a sus años se aburriera en una ciudad cómo la nuestra con tantos lugares a donde acudir: teatros, cines, discotecas, bares y para quienes gustan los deportes ahí están el frontón, tenis, la natación y por supuesto el esquí.

-Sí –convino Rolando- hay muchos lugares en efecto... -mientras interiormente se odiaba por estarse comportando cómo un verdadero cretino.

Una llamada telefónica interrumpió el diálogo cuando una de sus subordinadas anunció:

-Ana es para ti.

-Perdone usted –dijo ella dirigiéndose a Rolando y tomó el auricular para responder lo que era una llamada de larga distancia, y entonces debió dar instrucciones a su tour-conductor acerca de lo que debía hacer para acomodar en el Neuquén a un grupo de turistas norteamericanos con destino a San Carlos de Bariloche y Puerto Mont donde habrían de ser embarcados en el Skorpius II para iniciar su travesía hasta la Antártica. La señorita Buzati daba órdenes con precisión y seguridad, luego solicitó comunicarse con el chofer a cargo de la unidad y finalmente con la administradora del hotel la señorita Raquel D'Goiri con quien discutió el menú de la cena que debía servirse y del desayuno programado para el siguiente día en el que los turistas visitarían los famosos lagos chilenos, ello implicó que se levantara dando lugar a que Rolando pudiera admirar aquel cuerpo tentador, aquel seno blanco que asomaba en el escote de la blusa, las bien delineadas caderas y las monumentales piernas que se unían en un vientre perfecto, y todo ese derroche de mujer se revelaba no obstante la seriedad del traje de dos piezas en color oscuro que portaba acorde con su calidad de ejecutiva, luego, el muchacho pudo apreciar aquellas manos suaves terminadas en dedos alargados y finos que habrían asombrado al propio Sandro Boticelli pintor preferido del maestro San José y que concluían en las uñas limpias, cuidadosamente recortadas y maquilladas en un suave tono rosa. Aquella criatura era realmente espléndida y la contemplación de su belleza motivó en Rolando una admiración que jamás le había despertado ninguna mujer en su vida, pero a la vez le permitió sosegar un poco y cuando ella concluyó después de casi diez minutos la llamada, se excusó con un -¡Discúlpeme!, al que Rolando respondió excusándose.

-Le estoy quitando su valioso tiempo.

-De ninguna manera. Este es mi trabajo y no me quita usted nada, yo estoy para servirle – y luego rompiendo el encanto con inarmónica severidad preguntó dejando escapar una tenue sonrisa irónica- ¿Se ha decidido el señor por alguna excursión?

Rolando tartamudeó algo ininteligible y ella ya un poco amoscada de su prospecto de cliente insistió en interrogarle.

-¿Le agrada a usted la playa, la montaña, el desierto, o preferiría los glaciares para ver de cerca los lobos y leones marinos, ballenas, aves y marsopas?

-Me gustaría eso –dijo Rolando salvándose- ahora que la he escuchado, me convendría hacer una excursión por el sur del país... eso al sur... de niño cuando estudiaba geografía miraba los grabados en los libros donde se exhibía esa región de ríos, lagos, bosques... allá por donde andan paseando sus turistas, según me he enterado...

Ana abrió el cajón de su escritorio y mientras buscaba dio a Rolando la oportunidad de contemplar una vez más aquel rostro de azucena, con las pestañas largas que ocultaban la radiante luz de sus ojos bajo el arco perfecto de las cejas, al fin la búsqueda dio resultado y ella extrajo un folleto que alargó al joven.

-Aquí hallará usted toda la información, así como los servicios que podemos ofrecerle, incluyendo por supuesto si así lo desea, el viaje marítimo a bordo de los cruceros que llegan hasta las regiones polares. Están indicados fechas y tiempos de recorrido, los cuales pueden ser ajustados según las disponibilidades de cada pasajero, así como los costos, de acuerdo con la categoría de hoteles que usted desee, así también como del tipo de cabina en el crucero, esto además en relación con el presupuesto que tenga destinado, bien fuera que usted viaje solo o con algún acompañante y si deseara hacerlo en grupo o en forma individual. El arquitecto Armendáriz nos solicita siempre reservar hoteles de cinco estrellas, es una persona exigente y de buen gusto, pero en todo caso, procuramos

ajustarnos a los planes de cada cliente y procurarles que queden satisfechos de los servicios que les proporcionamos.

Rolando sintió que había pasado del bochorno que debió haberle encendido el rostro a la más extrema lividez. Hojeó el folleto y se levantó con la cortedad con que cualquier huaso lo hubiera hecho.

-Gracias, gracias, lo voy a leer detenidamente desde luego, y en cuanto me decida regresaré por aquí.

-No se sienta comprometido, puede usted desde luego consultar las ofertas de otras empresas que se dedican a lo mismo y comparar planes y precios.

-Pero le he quitado a usted su tiempo...-repitió torpemente Rolando-

-Nada de quitar. Yo estoy aquí para eso –replicó Ana- y si se decide será un placer poder servirle.

Rolando hizo una reverencia y ella mucho más segura le extendió nuevamente la mano.

-Adios señorita Buzati.

-Adios. Y si desea preguntarme algo más, estoy a sus órdenes, pase otro día por aquí, de preferencia por la tarde para poderlo atender mejor y ampliarle toda la información.

Rolando sintió que se le iluminaba todo. La sugerencia de volver a verla equivalía a una invitación para entrar a la gloria y salió del local haciendo caravanas y muecas, que según él eran sonrisas, y trastabillando estuvo a punto de tropezarse con los muebles; pero llevaba incrustada en el alma el delicioso aroma del perfume que usaba la joven y que se le quedó alojado en una mano.

-7-

Esa vez Rolando volvió sobre sus pasos en medio de la más absoluta confusión. Ana Buzati distaba mucho de ser la mantenida que explota a un hombre casado que la dobla en años, era una ejecutiva tal y cómo su padre la había definido: dinámica, eficiente y con amplia capacidad para administrar un negocio complejo como debía de ser su agencia de viajes, así cómo de ser obedecida por sus subalternos y de enfrentar los requerimientos de los clientes, y pese a que no podía rebasar los veinticinco años ya era toda una brillante profesionista, en otras palabras la suma de lo que es una mujer de nuestro tiempo entrenada para rivalizar con el hombre y hasta para disputarle los más importantes cargos en la política o en los negocios, sin menoscabo de no menguar ante todo su calidad de mujer ¡Y qué mujer! No sólo la poseedora de una belleza extraordinaria, sino que además su seguridad, su facilidad de expresión, la volvían verdaderamente encantadora. Qué distante de las jovencitas superficiales que hasta entonces había conocido, incluyendo por supuesto a muchas de sus condiscípulas universitarias cuyas vidas se concretaban a divertirse en las discos, coqueteando con una docena de amigos, algunos de los cuales presentaban cómo novios, escondiendo así su verdadera condición de amantes y para disimular una vida ociosa y vacía cursar alguna carrera que no siempre concluían y que aún terminada no llegaba a fructificar en el digno ejercicio de la profesión

Y por lo visto Ana Buzati era todo lo contrario. Tratarla lo impresionó excitando no sólo la curiosidad que lo había inducido a buscarla, sino un vivo interés por apreciar aquella personalidad que bastó una breve charla para atraparlo. Entonces se puso a admirar el buen gusto de su padre. ¡Dinko era todo un hombre de mundo! ¡Un caballero que jamás hubiera podido poner los ojos en una persona vulgar! Su posición, su estatura empresarial a la que todo Santiago reconocía, su indiscutible talento por el que había convertido una villa caduca casi insignificante en una urbe moderna, cuyos altos edificios

rozaban las nubes, su genio sumado a la perseverancia, lo convertían automáticamente en el blanco de la admiración sabría Dios sino solamente de Ana Buzati sino de otras tantas féminas a quienes deslumbraba su apostura, su don de gentes, su avasalladora sonrisa. Y él, Rolando, su hijo muy querido, resultaba pese a su juventud muy inferior a un hombre que estaba muy por encima de los prejuicios con los que se suele medir a las personas por su edad física, entonces ¡Qué distante estaba de igualarlo! ¡Y qué compromiso representaba llevar su apellido! Y Rolando se perdía en mil conjeturas, y después de aquella mínima entrevista, ya no sintió deseos de llegar a su casa y se puso a deambular por las calzadas del cerro de Santa Lucía intentando poner orden en sus pensamientos, inquieto porque ella lo había lo había identificado rápidamente y además porque lo había visto rondarla; aquello lo turbó, pues lo más seguro iba a ser que Dinko se enterara de su visita a la agencia de viajes y entonces ¿Qué explicación creíble podía ofrecer para justificarse? ¿Aceptaría su padre que de pronto su vástago había sido picado por el mosquito de viajar? ¿Y si tales eran sus deseos porque no se los había comentado, o porque no había acudido a otra de las muchas empresas que promovían lo mismo?... aquella visita podía suscitar sospechas y entonces lo mejor era tener preparadas las respuestas, aunque también podría darse el caso que Ana ni siquiera se lo mencionara, finalmente se había tratado de una brevísima charla informal sin mayor importancia, y Rolando se puso a pensar en la vasta cantidad de preguntones que día a día iban a requerir información, motivados por el afiches publicitarios. Así decidió que lo mejor sería olvidarse totalmente del asunto y no meter más la nariz en lo que no le incumbía.

Se acercaba la temporada de exámenes y él debía enfrentar su única responsabilidad. Un Armendáriz suspendido en alguna asignatura significaba una humillación que no podía permitirse, y se avocó a cumplir su compromiso, suponiendo que en el fondo de los libros iba a encontrar a su vez una tabla de salvación ¿Salvación de qué? –se preguntaba- y sin hallar una respuesta satisfactoria tornaba a su rutina: universidad, biblioteca, hogar, y en el hogar otra vez libros, apuntes, máquina de escribir, computadora, y para variar su madre, un poco menos hosca, apareciéndose de pronto en el comedor, o irrumpiendo sigilosamente en su cuarto, ojerosa, cabisbaja, probablemente hasta más envejecida, retornando a su pasada obsesión.

-¿Has averiguado algo? Al menos siquiera diste con la pérdida que le ha sorbido el seso a tu padre?

-No creo que se trate de ninguna pérdida.

-Una mujer decente no se prestaría jamás a exhibirse con un hombre casado, que nada puede ofrecerle.

-Creo que lo principal es poder sentir y ofrecer amor, madre; no matrimonio. Eso era antes. Y los seres humanos solteros o casados necesitan sobre todas las cosas amar y recibir amor.

-Entonces, si no es una cualquiera, según tú, ¿Que otra cosa puede ser?

-No me hagas más preguntas, porque no tengo más respuestas. -Declaró Rolando.

Doña Leonor doblemente enfadada por la respuesta de su hijo se retiró mascullando.

-¡Valiente hijo tengo! ¡No dejas de ser astilla del mismo palo!

Rolando se sintió molesto, la impertinencia de doña Leonor le había refrescado lo que él por todos los medios posibles se proponía desterrar de su memoria, intentando olvidar. ¡Olvidarse de ella! Sembrarse la idea de que no la había visto nunca, que no habían cruzado ni una palabra, ni que le había entregado aquel folleto que deliberadamente había guardado en el rincón más apartado de la última gaveta de su escritorio, porque no quería pensar en ningún viaje, ni en volver a verla, ni mucho menos en correr el riesgo de tener que enfrentar a su padre a quién reconocía dueño absoluto de sus actos... y a no tener que volver a reconocerse tal cual era: un estudiante, un hijo de familia, dependiente de la

magnificencia paterna que lo proveía hasta de los calcetines que llevaba puestos, entonces tomaba los libros con rabia, tratando de concentrarse en lo que leía, sujetando el pensamiento que se le escapaba tras de ella y cerrando los ojos intentaba memorizar los conceptos, desterrar aquel rostro, aquella sonrisa que lo perseguía, el timbre de aquella voz que se le había impregnado en los tímpanos, en los poros mismos de la piel y balanceándose en la silla de la biblioteca universitaria o en la de su propio estudio, tal y cómo lo hace un loro en su aro, repetía torpemente las palabras que había memorizado, sin siquiera detenerse a pensar en lo que contenían.

-8-

Dinko andaba por Perú, seguramente ocupado en construir en Lima alguno de sus originales edificios de veinte o más pisos que añadían a su solidez los elegantes diseños de un arquitecto creativo que asociaba la belleza con lo funcional.

Rolando había salido más o menos airoso de los dichosos exámenes y estuvo a punto de solicitar a su padre que lo llevara en calidad de asistente o de lo que fuera con tal de salir de Santiago y olvidarse de Ana, pero se detuvo pensando que precisamente ella podría ser su acompañante en el viaje, y fue nuevamente la curiosidad lo que le impulsó a acudir nuevamente a la agencia de viajes de la calle Huérfanos.

Habían dado las seis de la tarde en la catedral y poco después Rolando se hizo el aparecido en el momento que Ana estaba en su escritorio respondiendo a una llamada, al verlo una indecisa sonrisa pareció aletear en sus labios y le hizo una seña con la mano derecha para que se sentara. Rolando llevaba los ojos bajos y se sentó en el borde la silla, y al igual que la vez anterior había perdido todo desplante y se mostraba más bien tímido y humilde, cómo si fuera un escolar cogido en falta, aunque volvía a flecharle aquella fascinación que sólo recordaba haber sentido cuando era un pequeño frente al teatro guiñol que sus padres le habían obsequiado en su cumpleaños.

Ana concluyó la llamada y le adelantó un:

-¡Hola señor Armendáriz! Me va a tener que disculpar un momento porque nos ha surgido un imprevisto.

-Si lo prefiere puedo venir otro día.

-Espéreme sólo unos minutos sino tiene usted prisa.

-Con mucho gusto señorita Buzati –respondió él comedidamente.

Aquel amable trato debió agrandar a Ana que le volvió a refrendar.

-Ahora estoy con usted.

Pero ese ahora se prolongó mucho rato. La línea aérea brasileña no se distinguía por su puntualidad y he aquí que un vuelo de Cruzeiro Do Sul demorado muchas horas echaba por tierra los planes de un grupo de médicos que debían asistir a un congreso en Buenos Aires, la complicación redundaba en costos, pues había que proporcionar al grupo una noche de estadía en Montevideo con la consiguiente cena y desayuno para que el día siguiente continuaran su itinerario y llegaran a Ezeiza desafortunadamente hasta el medio día, cuando ya el tal congreso que se iniciaba a las nueve de la mañana estaría en su apogeo. Ana intercedía por su grupo intentando comunicarse con la gerencia de la línea aérea informal para que esta absorbiera los gastos, su portugués no le ayudaba bastante y el regateo continuaba ahora con la administración del hotel que si bien accedía a acoger a los viajeros, tendría además que enviar un transporte para recogerlos en el aeropuerto, acomodarlos y proporcionarles alimentación; la joven defendía sus intereses alegando con la persona que la había contratado, que la agencia era sólo el enlace de los servicios y no directamente quién los proporcionaba; estaba roja, cómo si una súbita aurora se

hubiese derramado sobre la tranquila nieve de su rostro, y sin embargo, Rolando la encontraba más bella.

Entre aquel ir y venir estaban dando casi la siete de la noche, y Rolando quién se sentía turbado ante su proximidad, se había abstenido de recordarle que la estaba aguardando, al fin escuchó que el asunto se resolvía, y que el gerente de la línea aérea impuntual accedía a acomodar a los viajeros por su cuenta en el hotel, entonces Ana siempre celosa del prestigio de su empresa dio instrucciones para que les fueran ofrecidos en la cena unos tragos por cuenta de Buzati. y a los cinco para las siete Ana intentaba que sus pasajeros fueran acomodados en el primer vuelo de Austral que se limitaría a volarlos sobre el río de la Plata y ponerlo a buena hora en Buenos Aires para asistir al congreso.

Cuando colgó los teléfonos una sonrisa de satisfacción se había dibujado en su boca y en sus ojos, entonces, como quién retorna de una carrera fatigosa se volvió a Rolando cuya paciencia la hacía sentirse apenada.

-Señor Armendáriz lo he hecho esperar demasiado. Le ruego que me disculpe, pero cómo usted pudo percatarse teníamos un problema urgente encima.

-No se disculpe por favor, después de todo lo mío no es urgente -y cómo se percatara de que los empleados comenzaban a guardar sus pertenencias en los escritorios y era la hora del cierre de la oficina agregó- Volveré otro día y si usted puede hablaremos.

-No faltaba más señor Armendáriz, si usted me permite invitarle un café o lo que guste tomar, lo atenderé ahora mismo.

-Con mucho gusto, si no soy inoportuno.

-¿Y por qué había de serlo? Sólo que es hora de cerrar, pero ya me contará que es lo que desea saber.

Rolando sintió que volaba a lomo de un cóndor por arriba de los Andes, o sobre la alfombra de algún mago oriental. En dos minutos abandonaron la agencia y se dirigieron a una cercana confitería. Rolando iba a su lado silencioso, pensando para sus adentros, que esa tarde tenía tan torpe la palabra cómo la inteligencia, en cambio ella, no abandonaba una sonrisa continua, desprendiendo de toda su persona un encanto único.

Apenas les tomaron la orden: café para Rolando y té para ella, se dirigió para interrogarle:

-¿Se ha decidido al fin por algo?

Rolando tartamudeó pretendiendo dar forma a sus ideas tan vagas, contradictorias y hasta irreales, y hasta tratando de vestir sus pensamientos con palabras.

-Honestamente no he tenido mucho tiempo de pensar en lo del viaje, pues me encontraba preparando mis exámenes que afortunadamente ya han terminado, y más bien, quisiera rogarle que usted me hiciera el favor de sugerirme un itinerario.

-Pero yo no se que podría interesarle. Desconozco sus gustos e ignoro su disponibilidad de tiempo y los recursos que usted desea destinar

-En cuanto a dinero supongo que eso no sería problema, Dinko me dará lo que le pida.

-¿Dinko?

-Quiero decir mi padre.

-¿El señor Armendáriz?

-Sí, ese mismo. Sólo que mi hermana y yo le llamamos simplemente Dinko.

-¡Ah eso es bueno, un trato menos formal!

-Así es señorita Buzati, mi padre es ante todo un buen amigo.

La mesera trajo el pedido y arrimó un carrito provisto de una bandeja con pasteles.

-¿Gusta un pastel para acompañar su café?

-No gracias, sólo un poco de crema.

-A mí puede dejarme este- dijo Ana señalando uno- bien, pues yo le sugeriría correr un poco de aventura. Tal vez la Patagonia que se encuentra a ambos lados de la cordillera,

fue la última expedición que hizo Magallanes y donde nació la famosa leyenda de los gigantes o patagones.

-¡Qué interesante!

-El viaje es un recorrido por la carretera austral que parte de Puerto Mont y abarca mil kilómetros pasando junto a lagos, fiordos, glaciares colgantes y parques nacionales, la vía atraviesa: Chaitén, Puerto Aisén, Coihaiqu, Cochrane, Puerto Natales y Punta Arenas, desde allí parten los cruceros y vuelos que van a la Tierra del Fuego, Cabo de Hornos, y al Parque Nacional Paine considerado como reserva de la biosfera y si usted lo desea puede continuar hasta la misma Antártica.

-Debe ser asombroso visitar esos lugares.

-Son tierra chilena, y yo siempre propongo a nuestros compatriotas que antes de adentrarse por el mundo primero conozcan a su patria.

-Sugerencia que encuentro lógica y atinada.

-Siempre y cuando se disponga del tiempo suficiente y por supuesto que el viajero guste de la naturaleza y se resigna a adaptarse al clima que suele ser frío y lluvioso casi todo el año, por lo demás es recomendable participar en alguna excursión o al menos ir con algún compañero o una amiga.

-No había pensado en eso.

-Pero seguramente debe usted tener muchos amigos –interrogó Ana mordisqueando su tartaleta rellena con mermelada de durazno.

-Mas bien condiscípulos señorita Buzati.

-No puedo creerlo. Un joven a su edad siempre tiene muchos amigos y amigas.

-No. Es decir sí, pero a veces...

-Supuse que tenía la misma chispa social de su padre que conoce a todo el mundo.

-Sí, papá es así, le agrada tener amigos en todas partes, su trabajo requiere muchas relaciones, como el suyo... ese es un don especial, algo con lo que se nace.

-No siempre señor Armendáriz. También se adquiere cuando debemos enfrentarnos a las necesidades que conlleva la profesión que hemos elegido.

-Y a usted por lo visto le encanta lo que hace.

-Siempre tuve vocación por la aventura, por conocer gente de otras latitudes y costumbres. Recuerdo que desde que era niña tenía tendencia a fantasear, a soñar y recrear los ojos en otros paisajes, así que apenas terminé mi educación básica en un colegio inglés donde eran muy estirados, decidí estudiar la licenciatura en turismo en una universidad estatal, lejos de la tirantez y gazmoñería a la que nunca terminé de acostumbrarme.

-¡Y entonces?

-Pues llegué a la conclusión de que si no se cuenta con muy amplios recursos, la única manera de ver el mundo, casi gratuitamente, era como agente de viajes.

-Así que ha podido realizar lo que se proponía.

-Así es. Los fans me han permitido ir un par de veces a Europa, conocer Estados Unidos, México, Centro América, Australia y espero en un futuro visitar China y más adelante echar una miradita por Israel, Egipto, Marruecos, Japón y cuando sea posible desprenderme un mayor tiempo de mis obligaciones en la agencia, realizar el viaje que siempre he deseado hacer, atravesar el Asia Central en el ferrocarril transiberiano que sale de Moscú y llega después de una semana al puerto de Vladivostok

-Ojalá y pueda realizarlo pronto.

-Viajar, créalo usted, es lo más maravilloso que uno puede hacer, aunque reconozco que llega a convertirse en un hábito y tal vez hasta en un vicio

-¿Y entonces?

-Ya no se puede estar quieta en un lugar. Una siempre va a querer escaparse a lo desconocido, romper la rutina.

-¿Qué haríamos si el destino nos dejara libres? decía Balzac.

-¿El destino? ¿Usted cree en eso señor Armendáriz? Yo diría que nosotros construimos nuestro propio destino.

-No estoy seguro señorita Buzati, siempre he pensado que estamos en manos de fuerzas que nos inducen a hacer cosas ajenas a nuestra voluntad.

-No comparto esa idea. Yo pienso que hacemos en la vida lo que nos hemos propuesto. Dígame señor Armendáriz ¿Cuál es exactamente el motivo por el que usted se ha acercado a mí?

Rolando enrojeció desconcertado ante una pregunta tan inesperada y trató de ofrecer una explicación.

-Es usted muy inteligente.

-No me responda con evasivas, dígame la causa.

-Pues deseaba conocerla....

-¿Conocerme?

-Bueno, tener el placer de tratarla, mi padre me comentó alguna vez que es usted una persona amable, eficiente...y muy bien relacionada.

-¿Eso ha dicho él?

-Sí. Y en verdad su comentario me pareció excepcional, pues sólo en pocas ocasiones suele expresarse así de una persona.

-¿Y ahora que usted me conoce, piensa lo mismo... que soy eso...amable, eficiente y que me agrada tratar a todas las personas.

Esta vez Rolando mucho más seguro respondió con aplomo mirándola a los ojos.

-Pienso que es usted maravillosa,

-¿Maravillosa?... –repitió Ana riéndose- ¡Eso nunca me lo habían dicho! ¿Y en que consiste la maravilla?

-En todo lo que es usted. Su trato, su belleza...

-Vamos, pues ya estoy viendo que no es usted tan tímido como lo aparentaba ¿Y que más?

-Qué es usted distinguida

-¿Distinguida?... le diré que tuve que aprender yo sola a caminar, bueno es decir, a hacerlo con alguna gracia, con feminidad... en el colegio mis compañeras parecía que andaban a brinquitos, lo demás, cuando se nace mujer se va adquiriendo y puedo asegurarle que el viaje es una buena escuela; frecuentar hoteles, aviones, museos, teatros, lugares de reunión, van abriendo camino.

-Hasta convertirla en una princesa

-¿Una princesa? ...¡Es usted un soñador!

-Llámeme cómo prefiera pero quisiera rogarle... que me concediera el favor de permitirme ser su amigo; y tener el placer de volver a saludarla aunque sea de vez en cuando.

-¿Por qué de vez en cuando?

-Porque que es usted una persona muy ocupada y no tendrá tiempo para distraerlo en un muchacho cómo yo... y además tendrá muchos amigos.

Ana lo miró fijamente a los ojos sólo para detectar que el muchacho hablaba con sinceridad, y respondió:

-La amistad y la confianza son cosas que se ganan.

-Entonces, permítame intentarlo, y si accede gracias de antemano –y le extendió la mano que ella correspondió con la suya.

Rolando intentó llevar a su nueva amiga hasta su domicilio, pero ella se rehusó cortésmente, disponía de su propio auto y su departamento ubicado en el sector Providencia no estaba lejos, vivía en Almirante Simpson No. 19 y la hora temprana no ameritaba que se molestara en acompañarla.

El muchacho la dejó ir con pesar, y advirtiéndole que debía encontrarse muy cansada por todas las faenas del día no la retuvo ni un momento más.

Poseído de una intensa agitación interior apenas se halló solo dirigió sus pasos a las riberas del río Mapocho. La noche estaba tibia y sobre la Avenida Andrés Bello deambulaban a pasos cortos algunas parejas cogidas de la mano.

Se había metido en un laberinto y preveía que no iba a ser fácil la salida. El defensor de la institución familiar, tal y como lo enseñaba el profesor San José había salido vencido sucumbiendo ante el irresistible encanto de la dueña eterna del amor y de la vida.

Ana lo había hechizado, tal y como fascinó a Dinko a pesar de su mundo, su experiencia, y su avasalladora simpatía que seguramente le habrían proporcionado innumerables aventuras.

Era la Eva moderna, segura, atrevida, audaz, inclinada a la aventura, emancipada, sedienta de vivir, de conocer y de gozar, y era también la guardiana de los secretos y del amor de su padre, y él no tenía ningún derecho de intentar arrebatársela, aunque desde luego presintió que por primera vez en su vida se había enamorado. Al principio reconocerlo le pesó demasiado ¿Enamorarse? ¿Era eso el amor? ¿Conocer apenas a una mujer y declarar que con sólo verla ya se estaba prendado de ella sin saber, y sin importarle quién era realmente? Rolando se reprochó su inmadurez y a fin de cuentas admitió que era igual que los compañeros de su misma edad que jugueteaban a los pololos con sus condiscípulas, derrumbando su auto imagen de muchacho sensato; más le aquí que el muchacho sensato debía enfrentarse ahora a un serio conflicto sentimental que iba a poner en entredicho lo único que realmente poseía: su familia, el afecto y la amistad de su padre, la incondicional ternura de doña Leonor y todo por una ilusión, que apuntaba ser efímera porque seguramente la joven debía contar con decenas de amigos y si además era la amante de su padre debía amarle, pues no se trataba del tipo de mujer que se entrega por dinero que ella sabía ganar; entonces él resultaba sólo un intruso y su deber consistía en apartarse antes de que fuera demasiado tarde ¿Demasiado tarde? Sí, cuando ya no pudiera vivir sin ella, cuando le fuera del todo imposible apartarla de su corazón y de su pensamiento.

La media noche le sorprendió atravesando los puentes del río, hasta que por las riberas solitarias empezó a soplar un viento helado y además el hambre y hasta la posible amenaza de tener que enfrentarse con algún paco que podía detenerlo e interrogarlo por sospechoso, lo indujeron a buscar su auto y retornar a su casa. Iba pensando que al principio, al igual que la mayoría de los jóvenes se había sentido inclinado por el amor mercenario, pero aquello resultaba tan monótono, a más de sucio y vulgar, que ir a la casa de las doñas terminó por decepcionarlo, y en cuanto a sus amigas estaban muy lejos de poseer siquiera un ápice de la abrasadora personalidad de Ana, de quién ni siquiera sospechaba su edad y mucho menos le importaba saberla, en cambio no se le podía esfumar de la memoria cómo aquella tarde se hubo enfrentado con la decisión de la que muchos varones carecían para resolver satisfactoriamente un problema a distancia. ¡Era una muchacha excepcional, dueña absoluta de su voluntad! y si su voluntad era amar a su padre, él no tenía nada que pretender! Y ya en casa, mientras se preparaba un sandwich a

solas en la cocina, intentaba nuevamente acudir a la lógica, sin llegar a comprender que el amor es algo que no se razona sino que se siente.

En aquella noche pasaron por su mente todas las alternativas posibles, incluso la de emprender un largo viaje, no el que Ana le había propuesto, un viaje que lo llevara muy lejos de Chile, a otro continente, donde conocería seguramente mujeres de otras razas, y cuyas novedades y descubrimientos lo distrajeran de aquella obsesión, pero al momento constató de antemano que ninguna mujer sería cómo era ella, y al final ya cerca de la madrugada, cuando la noche había invadido su cuarto con su oscuridad y un pesado silencio, se fue quedando dormido, entonces supuso que el bienhechor paréntesis del sueño iba a venir en su ayuda, liberándolo de pensar en Ana; pero al poco rato, la transformada figura de ella se le apareció entre esa turbulencia caleidoscópica con que suelen aparecer representadas las imágenes cuando soñamos, Rolando vagaba, volaba, corría tras de algo que sabía que era ella, aunque no alcanzaba a identificarla plenamente; luego se veía de pronto escalando una montaña de la cordillera de los Andes por la que debía ascender trabajosamente asiéndose de las rocas tal y cómo lo hacen los alpinistas y temiendo a cada momento resbalar y caerse, y de pronto a mitad del áspero sendero se detenía atraído por una enredadera que culminaba en una flor, increíble de surgir en aquellas alturas, y que brotaba de entre los peñascos y la nieve, entonces él se inclinaba para tomarla entre sus manos atraído por su hermoso color rojo, mientras descubría que a su alrededor nacían otras flores blancas parecidas al ají antes de madurar, y aquella flor única, espléndida, ¡Era el Copihue! ¡La flor nacional de Chile! Rolando se admiraba de su extraordinaria belleza y un impulso le incitaba a ofrecérsela a Ana, y volvía a correr tras de ella, con esa vertiginosa rapidez que se suele presentar en los sueños, deseoso de donarle su descubrimiento, pero cuando estaba a punto de lograrlo, unos insistentes golpes sobre la puerta de su alcoba lo despertaron bruscamente. Era Isabel quién hablaba fuerte detrás de la puerta para prevenirle::

-Joven Rolando son la siete y media y tiene que ir a clase. El desayuno lo está esperando sobre la mesa.

-10-

La mañana fresca, la ducha tibia y la aromática taza de café aclararon los pensamientos de Rolando, quién reconoció con serenidad que estaba enamorado, una conversación informal había bastado para que la imagen de ana se grabara en su alma y su risa alegre se le había esparcido cómo la vibración de un cristal.

El ángel del amor, sorpresivo y hasta inoportuno había descendido del cielo para llamar a sus puertas descubriéndole una verdad que muchos tardan hasta una vida en aprender: Al amor no se le busca, simplemente se le encuentra.

En medio de sus reflexiones doña Leonor se le apareció en bata mañanera para indagar la causa de su llegada a deshoras, y él le contestó que se había quedado disfrutando el fresco en las riberas del río y la matrona aunque desconcertada se contentó con la respuesta de su hijo y no insistió más, y cuando el estudiante ya abandonaba el hogar, una llamada telefónica lo detuvo, era Domingo quién anunciaba que su estadía iba a prolongarse algunas semanas y por lo tanto deseaba poner al tanto a su esposa y a sus hijos. Doña Leonor mucho más tranquila porque suponía que la distancia lo alejaría de la perturbadora compañía de la querida estuvo muy amable, Blanca quién solamente vivía para su novio reiteró sus intenciones de un próximo matrimonio y Rolando anunció que había terminado sus exámenes y ya se había matriculado para el ciclo siguiente, la conferencia concluyó con recíprocos buenos deseos para todos, aunque Rolando a quién ya acosaba el despunte de un remordimiento se despidió tímido y vacilante, luego,

mientras se dirigía a su clase admitió que la traición empieza siempre con la curiosidad, no obstante debieron durarle poco aquellas amargas conclusiones y se dejó atrapar por aquel dulce sentimiento, por primera vez amaba, y de ese mismo amor se desprendía un desconocido deseo de vivir, y mientras su auto se deslizaba por la avenida Apoquido pensaba en que era una dicha adorar aquella criatura deliciosa, disfrutando la ilusión de verla, de escucharla, de saber que estaba allí, aunque nunca llegara a pertenecerle; ni aquel amor suyo, que le había nacido de pronto, consiguiera realizarse, y se dejó inundar de aquella alegría que nunca había sentido antes, ni siquiera cuando Domingo despertaba su juvenil entusiasmo obsequiándole aquellos valiosos objetos que enloquecían a muchos jóvenes: un auto, su rolex, sus plumas de oro, la bicicleta deportiva que no usaba, sus acciones en la constructora y hasta su cuenta bancaria con suficientes recursos de los que él podía disponer a su arbitrio. Y en aquella mañana luminosa, el Santiago que muchas veces encontró monótono y hasta aburrido, se le reveló vestido de luces, de color, de animación y las calles, la gente que corría presurosa a su trabajo, los comercios y restaurantes que abrían sus puertas, brillaban, resplandecían ¡Y eran gratos, simplemente porque eran parte de la ciudad que ella habitaba, era el aire andino que respiraba, el sol que debía tibar sus cabellos castaños y su rostro trigueño, y en medio de aquella euforia ni siquiera se le ocurrió la idea de que Ana llegara a corresponderle, simplemente se sentía feliz por el sólo hecho de haberla conocido, de que sin saberlo ella misma le había inspirado ese sentimiento único, maravilloso, del que solían ocuparse asiduamente los poetas y que hasta entonces lo había tildado de exagerado cuando no de ridículo, y se sintió agradecido por ello, y buscando corresponderle se fue en busca de una florería para solicitar que enviaran a Ana un enorme canasto de rosas rojas, e intentando llenar la tarjeta con todas las frases que escapadas de los libros se le venían a la memoria, optó por una sola: *“Gracias por haberme sonreído”*, había soñado con flores y le pareció que era a través de ellas como podía llamar a su corazón, porque ella misma, era una magnífica flor de carne, perfumada, suave, poseedora de esa delicadeza que guardan los pétalos; prendió la tarjeta al ramo y luego, como un chiquillo inquieto siguió para la universidad dispuesto para escuchar la cátedra del profesor Felipe San José.

-11-

Al recibir el bouquet Ana se sintió primero sorprendida y luego desconcertada, quién le había rogado su amistad resultaba ser un chico galante y educado, buscó un florero de cristal que encontró en el fondo de un archivero y colocó las flores cuidadosamente, no sin antes leer y guardar la tarjeta. Una sonrisa fácil, afluyó como una manifestación de su corazón generoso y cuando Rebeca le preguntó quién le había enviado el ramillete respondió: Un cliente.

-Tu cliente tiene buen gusto –aseguró Rebeca-

Por la tarde cuando hubo un corto descenso de trabajo, Ana se puso a repasar las veces que lo había visto rondando y la breve conversación que había sostenido con él, su timidez y su trato fino y respetuoso llamándola señorita Buzati y al final su declaración de que deseaba conocerla, no obstante aunque mucho distaba mucho de poseer la audacia y el aplomo de su padre, he aquí que para acercarse a una mujer empleaba la táctica increíble en un joven de su época, luego, mientras llenaba bauches y tecleaba la computadora pensaba: ¿Es que hay algo nuevo en el amor? No, era siempre lo mismo desde el inicio de los tiempos en que se había instituido la costumbre de que la mujer fuera elegida,

rogada y atrapada por el varón, aunque ella a diferencia de otras chicas, anhelaba mantenerse siempre libre, usando su derecho de ser dueña de su independencia y de su voluntad, esa preciada libertad de mujer moderna y que su amigo Domingo respetaba evitando hacerle demasiadas preguntas sobre su vida.

Así transcurrieron algunos días, pero una tarde repentinamente Rolando atisbó tras de los cristales del aparador, aquel día más ajetreado que de costumbre, Ana no había encontrado unos minutos para maquillarse y su rostro lucía más pálido, pero al verlo le pareció que enrojecía y que su corazón se había convertido en una percusión que golpeaba bajo el sostén, Ana abandonó el escritorio y vino a su encuentro.

-Señor Armendáriz que gusto verlo de nuevo por aquí –dijo tendiéndole la mano.

-Los pies me volvieron a traer, y aquí me tiene usted. ¡Tenía tantos deseos de verla!

-Pues pase y siéntese -y señalándole el ramo que lucía en su escritorio agregó- vea usted si aprecio sus flores.

-Usted es la más bella de todas

-Gracias Rolando...digo señor Armendáriz.

-Dígame Rolando por favor.

-Entonces usted a su vez puede llamarme Ana.

-¡Ana! Gracias por permitírmelo. He repetido tantas veces su nombre que ya deben haberlo aprendido las aguas del río Mapocho.

-¿Mi nombre?¿Entonces se ha acordado de mí?

-No he dejado de pensarla ni un minuto –y mirándola a los ojos añadió- ¿Me haría el honor de concederme otro café?

Y ella no supo rehusarlo..

-12-

El amor es la joya valiosísima que vale cada miligramo de su peso. Es el crisol donde se consagran los más elevados sentimientos, y a veces es también el viento que se lleva el sosiego y la paz.

El amor brotó al unísono entre Ana y Rolando, cómo la natural consecuencia de algo que así tenía que suceder. Al principio había sido sólo la curiosidad, luego la atracción, seguidamente la simpatía, continuó la amistad y una tarde que ella le tomó la mano y se la llevó al rostro, significándole así que deseaba ser acariciada; Rolando juró que aquella intrépida muchacha le había sido destinada desde lo alto y se propuso conquistarla, disfrutando en cada momento, la suprema felicidad de amar y de ser amado.

A sus veinticuatro años había descubierto de pronto, el oculto sentido de la vida y le pareció que era cómo aspirar una inmensa bocanada de aire puro que saturando sus pulmones se esparciera por todo su cuerpo cómo una vertiginosa ola de alegría que lo electrizaba y que él debía contener para evitar gritarla. Y entre el perpetuo e insatisfecho delirio de gozar de su presencia y dejarse encantar por el metal de su risa, volvía a recordar las palabras de Balzac, recogidas en algún libro de la biblioteca de su padre “*el destino de una mujer y su única y suprema gloria, es hacer latir el corazón de los hombres*” y he aquí que Rolando podía comprobarlo.

Ana a su vez encontró en el joven una doble atracción, emanada de la que ya sentía por Domingo, salvo que entre aquel hombre de mundo, fino, sutil, estupendo cómo amante, complaciente y generoso como ninguno, persistía siempre el huidizo fantasma de la inseguridad. Domingo era estupendo, pero no podía llamarlo absolutamente suyo, era un hombre casado, y a pesar de su distanciamiento conyugal del que no dudaba un ápice, no podía jamás llegar a pertenecerle por completo, ni mucho menos intentar construir un futuro en medio de una sociedad demasiado conservadora, y aún proponiéndoselo, sería

imposible prescindir de su condición de padre de familia y de sus responsabilidades como tal.

Verdad era que a su amplio criterio de mujer liberal y moderna, no importaba en absoluto la obvia diferencia de edad, y comprobación de ello es que se había divertido enormemente frecuentando en su agradable compañía: cines, conciertos y óperas en el Teatro Municipal, exclusivos restaurantes del barrio de Bellavista, balnearios, discotecas, donde la galantería, el buen gusto, e inacabable vena de buen humor del arquitecto la mantenían siempre risueña, haciéndole olvidarse de los clientes, las quejas y sus eternas inconformidades, brindándole inolvidables momentos que comenzaban por un alud de largos besos y concluían en una amable y discreta intimidad; entonces, al día siguiente, o más bien, al lunes próximo, ella satisfecha y relajada volvía a empeñarse en su labor, cuidando siempre que las puntas de sus lápices estuvieran muy bien afiladas y que Rebeca no se percatara fácilmente de las huellas de la desvelada, los tragos o los devaneos amorosos de los que ella salía tan fresca, como si acabara de abandonar una ducha renovadora de energías; aunque luego, esa burbuja de felicidad se desmoronara previendo que aquella insegura relación podría concluirse en cualquier momento, obligándola a admitir que nada en la vida es perenne y que por lo tanto lo mejor era vivir el presente sin preocuparse demasiado del incierto porvenir, aunque que éste a su vez pudiera traer nuevas aventuras, pero nunca repetir lo vivido. Entonces saltaba la mujer práctica que se plantaba a elucubrar planes, viajes, y hasta suponer en el goce con otro amante que portaría consigo el aliciente de la novedad, y perdida en vagos proyectos hasta pensaba que un día tal vez llegaría hasta a abandonar Santiago e ir en pos de otra tierra, y hasta de otra aventura que colmara sus ansias de vivir.

No obstante todo se fue olvidando cuando empezó a apreciar aquella nueva versión de Domingo, aquel retoño que era cómo su continuación, tan similar en lo físico, en el trato gentil y educado, en la discreción y en la galantería seguramente heredadas, y cuando Rolando con tanta ternura cómo delicadeza le tomaba el brazo con cierta inocencia infantil, ella se sentía complacida de ser adorada por aquel muchacho que al aproximarse a ella temblaba de gratitud, de temor por no serle desagradable o de placer por el sólo hecho de aproximarse a ella; entonces, más que verla se diría que la bebía, ella le acercaba amistosamente las manos y se proponía ser encantadora, y cada sonrisa era cómo la prolongación de otra más profunda aún, emanada de las fibras de su alma.

Empezaron a verse, las primeras semanas un par de veces, pero pronto se volvieron mucho más frecuentes los encuentros. Rolando la llamaba a temprana hora interrumpiendo su sueño, la toilette mañanera o el improvisado desayuno, entonces, Ana sentía que un calosfrío le corría por la columna hasta perderse en sus nervios y en sus tendones, en las venas y en su cerebro hasta cuajarse en la sangre, le respondía con su aire jovial y despreocupado, pero cuando Rolando le volvía a repetir que la amaba, que le gustaba y le deseaba lo mejor para cada día, anticipándole que iba a contar los minutos que le habrían de parecer insufriblemente largos hasta la maravillosa hora de verla, entonces se volvía seria y le respondía que a su vez trataría de empujar las manecillas lentamente cercas del reloj, de ese reloj tirano que era el deber y la privaba de estar a su lado, y ambos se complacían en contarse que la vida era hermosa por el sólo hecho de esperar el momento de volver a reunirse, a veces la muchacha insistía que no debía distraerse durante el tiempo de sus clases y hasta llegó a reconocer que si estuvieran continuamente juntos, él acabaría por aburrirse de ella, en tanto que si espaciaban unas horas para cada encuentro era cómo darse una sorpresa, entonces Rolando prometía ser un estudiante aplicado y colgaban. Después cada uno iba a cumplir con su obligación, ella a sus viajes, él a sus libros, aunque una inoportuna llamada de Domingo alteraba aquella ficticia tranquilidad, y si bien cada uno por su parte trataban de comportarse

normales, Ana escuchaba silenciosa cómo aquel incansable trabajador, quién siempre reservaba un tiempo para ella, le comentaba cuanto ansiaba abrazarla, y en lo que concernía a Rolando, éste no sabía cómo comportarse, sintiéndose miserable de que Dinko quién era un indiscutible conocedor de la naturaleza humana, estuviera tan lejos de sospechar la traición, y en medio de lo que sería una abrumadora carga de trabajo, ignoraba que los seres que más quería, tramaban hacerlo a un lado, excluirlo, y aún marginarlo de sus vidas, entonces Rolando roído por el remordimiento imaginaba que su padre era cómo uno de esos pobres enfermos que incapaces de mirar en el interior de sus cuerpos no pueden detectar el bacilo que les está minando, y que él mismo, su propio hijo, era ese bicho maligno, invisible y cobarde, que roía las entrañas de quién le dio la vida..

Luego, después de aquellas entrevistas telefónicas, ambos se abstendían de comentarlas cuando se encontraban, si bien estaban concientes de que tarde o temprano habrían de enfrentarse, Ana a terminar un compromiso, que pese a estar enamorada de Rolando habría de dolerle pues debía a su amante muchas horas felices, y Rolando al tener que presentar la cara enrojecido de vergüenza, despreciándose por hundir la artera puñalada a su padre indefenso quién difícilmente habría podido suponer que el hijo predilecto fuera quién lo despojaba de lo que sin duda podría significar la última ilusión de su vida.

Pero la pasión arrasa todo, los principios, los deberes, y aún los sentimientos que le son ajenos, y cuando volvían a encontrarse Ana y Rolando, egoístas, cómo son todos los jóvenes, se olvidaban deliberadamente de mencionar nada y se dedicaban al placer de tenerse uno al otro.

Los viernes al atardecer la agencia Buzati detenía su acelerada actividad, Ana daba las últimas instrucciones a sus subalternos y después de negarse cortésmente a salir con alguno de sus antiguos amigos o amigas, regresaba apresuradamente a su casa para darse la segunda ducha del día y elegir un vestido apropiado; escogiéndolo invertía un buen tiempo auto contemplándose en el espejo y sólo cuando escuchaba el claxon del auto de Rolando llamándola, se humedecía los oídos y los labios con el tapón del perfumero, cogía el bolso y bajaba apresuradamente las escaleras, entonces con una encantadora coquetería le preguntaba si la veía apropiada para el lugar donde irían a pasar la velada, Rolando le repetía que siempre la encontraba hermosa y que realmente era incapaz de decidirse con cual de todos sus vestidos, peinados o maquillajes lucía mejor, Ana agradecida con la respuesta le abría los brazos y él con un gesto que significaba la plenitud del éxtasis estrechaba aquel derroche de mujer que sentía suya aunque la había robado, luego ambos se acomodaban en el pequeño auto y Rolando turbado por la proximidad de aquel cuerpo suavemente perfumado, se imaginaba que su corazón se iba a descoyuntar y pedía un momento de reposo antes de disponerse a conducir el auto sin riesgo de estrellarse, ella se reía de la ocurrencia y le dejaba un beso rápido en los labios, esto, en lugar de calmarlo enloquecía más al muchacho, al final, ella lo tranquilizaba rozándole con la punta de los dedos la barbilla, entonces Rolando volvía a detener el auto y le tomaba las manos ducales y se las llenaba de besos, asegurándole que sus alargados dedos que podían pertenecer a una pianista lo fascinaban.

Entonces se ponían a planear lo que les convenía hacer, decidirse les costaba un buen rato, porque lo que realmente deseaban era estar juntos, hablarse, conocerse, decirse cuanto habían pensado uno en el otro entre el trajín de viajeros de Ana o de las clases que Rolando tachaba ahora de aburridas, porque para los enamorados todo cuanto no tenga que ver con el amor les parece tedioso e insulso; y al final cuando se decidían iban a buscar un bocado y una copa a la mesa más arrinconada de un restaurante, la fila solitaria de algún cine, y sólo en una ocasión al estruendoso y desarticulado bullicio de una disco ubicada en la Avenida Suecia, donde bebieron un par de tragos y bailaron media docena

de piezas, para concluir que el ruido y la gente, y la disipación los había hartado, y el amor, su amor, requería exactamente todo lo contrario; la paz, la intimidad, la concentración, y después de recorrer un rato el Bosque Norte y la Avenida Viacura decidieron quedarse en el auto conversando, mirando hacia una estrella que hormigueaba en el cielo, conversando acerca de viajes y de libros, y repitiéndose que se gustaban, que se querían, que se necesitaban, y cuando el hambre hizo de las suyas Rolando ofreció a su amada una chilena sopa-i-pilla, cocinada en un brasero a media calle.

-13-

Aquellos domingos los muchachos la dieron por ir de excursión. Ana se vestía con ropa ligera, se calzaba zapatos bajos y con los cabellos sueltos que le caían cómo una cascada sobre la espalda tenía la apariencia de una auténtica lolita muy acorde con la pinta de estudiante de Rolando.

Una mañana fueron a Pomaire, otra se aventuraron por los balnearios de Zapallar y Cachagua distantes a 120 kilómetros de Santiago, y el estudiante de letras pudo admirar a sus anchas el escultural cuerpo de su amada chapoteando en las aguas cristalinas entibiadas por el sol, entonces recordó que los varones siempre anhelan conocer lo que hay bajo la ropa de una mujer, y se quedó fascinado de la tersura de aquella piel, y de las líneas armoniosas de una escultura de carne cincelada para el amor.

Hubieran querido detener el tiempo para tostarse bajo aquel sol espléndido que presidía un cielo profundamente azul, y almorzaron mariscos rociados con sauvignon blanc un espléndido vino chileno al que le habían colgado medallas internacionales, y Ana, cuyos ojos parecía que estaban hechos para la alegría, ligeramente achispada, dejaba escapar ruidosas carcajadas que culminaban en echar los brazos sobre el cuello de su amigo.

Cuando terminaron el almuerzo se fueron a rondar por los alrededores donde grupos de lolitas pajareaban sonrientes, Rolando pasó la mano por la cintura de la joven y apenas se alejaron un poco de la gente se fundieron en un abrazo que coronó con un alud de largos besos, que causaron la envidia de cuantos los miraban. Habían salido del área del balneario y observaban las fincas de los alrededores, en un patio florido un jilguero cantaba y los enamorados se detuvieron a escucharlo, la tarde languidecía y cuando elevaron los ojos al cielo que se había empalidecido admitieron con tristeza que era hora de volver, entonces tomaron la carretera que los habría de retornar hacia la capital quedándose un tiempo callados, sumidos en sus propios pensamientos.

-He pasado un domingo delicioso –aseguró Ana rompiendo el silencio.

-Yo igual –declaró Rolando- Desearía que la vida fuera un domingo eterno en el que siempre estuvieras tú, porque sin ti nunca podría ser igual.

Ana se acurrucó a su lado y él detuvo el auto a un lado de la carretera para volver a tomarla entre los brazos y volver a besarla.

-No quiero que esto acabe nunca –insistió

-¿Y porque habría de terminar? –preguntó ella- si tú lo deseas continuará siempre así.

Se habían estacionado frente a un pequeño pueblo y la iglesia quedaba casi al borde la carretera, y en esa hora del atardecer una bandada de golondrinas piando, giraban alrededor de la pequeña torre.

-¡Míralas! –dijo Rolando señalándolas- ¡Son tan libres!

-¿Y nosotros? ¿Acaso no lo somos?

-Sí –aceptó él- ¡Lo seremos! Pero antes debemos arreglar cuentas con mi padre.

-¿Arreglar cuentas?

-Es decir... concluir tu amistad con él, la relación o lo que haya habido entre ustedes... no te estoy pidiendo que me reveles nada de tu vida pasada.

-¡Mejor! -dijo ella- No pretenderás que a mi edad siga todavía virgen, y si salía con un hombre es porque me atraía sexualmente.

-Ana. Nunca me he propuesto que tú seas mía, sino lo que anhelo es ser yo de ti. Lo que haya habido en tu vida es agua pasada, pero ahora hemos de pensar en el porvenir, y para mí el porvenir eres tú. ¡Y yo no quiero perderte!

-No me perderás.

-No encontraría nunca valor para renunciar a ti, pero debo tenerlo para decírselo a Dinko.

-¿Qué le vas a decir?

-Que no puedo vivir sin ti. Que te amo, que te necesito...

-Yo también debo hablar con él, pero ahora -dijo melosa acercándose a él- ¿Por qué opacar estos momentos con lo que ha de venir? ¿Porqué amargarnos la tarde, si al final todo tendrá que resolverse?

Había anochecido. Un grillo, el cantor obstinado de las noches otoñales inició su monótona serenata.

Rolando volvió a quedarse callado, entonces Ana le tomó la mano y la estrechó contra sus pechos, luego, pegada la boca a sus oídos agregó:

-Regresemos. Es hora de volver y dentro de poco hará frío.

Una hora después divisaron a lo lejos el resplandor de las luces que guiñaban a lo lejos, anunciando la proximidad de la gran ciudad.

-14-

-Tengo ganas de comer paila marina, caldillo de congrio y beber curanto -dijo Ana la noche del sábado y agregó -hoy no nos desvelaremos porque mañana quiero que me lleves a Viña del Mar, ahora celebran el Festival de la Canción y nos la pasaremos lindo.

-Sea -aceptó rolando- su alteza será complacida. Vendré por ti a las siete de la mañana, así nos alcanzará el tiempo para visitar Valparaíso y Algarrobo.

-¡Magnífico! Entonces llévame a casa, tengo aún que decidir que me pondré.

-Algo que vaya de acuerdo con esto -dijo Rolando- y sacó del bolsillo del saco un estuche que ella casi le arrebató.

-¿Qué cosa es? -preguntó mientras nerviosamente desprendía el envoltorio y al instante al abrir la caja de terciopelo exclamó loca de contento- ¡Es precioso! ¡Es precioso! Y extrayendo la joya se la prendió apresuradamente al cuello.

Era un collar de lapislázuli, la gema de color azul celeste que sólo se encuentra en Chile. Ana sacó un espejito de su bolso para mirárselo puesto, entonces cómo una chiquilla a quién han dado un juguete nuevo, abrazó a Rolando y le llenó el rostro de besos, él muchacho despeinado sonreía, sorprendido de que aquella dulce criatura que él había visto tan circunspecta en su papel de ejecutiva, podía ser también una mujer deliciosa capaz de apreciar un amable detalle.

A la mañana siguiente se encaminaron a Valparaíso el puerto más importante de Chile y sin duda el principal de la inmensa costa del Pacífico, distante apenas 100 kilómetros de Santiago. Una multitud serpenteaba por la ciudad plétórica de turistas de todo el mundo ansiosos de comer, beber y divertirse, y la pareja contagiada de aquella euforia se sumó encantada al gran alboroto; los restaurantes apenas podían contener el alud de clientes que ya medio achispados a media mañana levantaban sus vasos de vino y tarros de cerveza reclamando sus pedidos. Todo el mundo reía y por las calles y plazas se veían alegres grupos de marineros extranjeros que hablaban entre ellos en una docena de lenguas y que seguramente debían pertenecer a dos decenas de barcos anclados en el puerto portando banderas de lejanos países.

Luego enfilaron para Viña donde cien bandas de música competían por atraerse a la multitud poseída de un delirio de ritmos y que cantaba alegremente las tonadas, algunas calles se habían convertido en pistas de baile y las parejas danzando cuecas despertaban con su destreza la curiosidad de los turistas que no perdían ocasión de sacar sus cámaras.

En una ruidosa taberna Ana y Rolando bebieron chicha y comieron pescado frito recién sacado del mar, luego, cuando se hartaron de aquel alboroto, se fueron hacia Algarrobo para visitar otra de las casas de Neruda y trepar por las rocas de la localidad de Santo Domingo; por la noche exhaustos de comida, bebida, música, baile y diversión emprendieron el regreso a Santiago.

Al domingo siguiente Rolando sugirió ir a la montaña, pretendiendo llegar hasta las Termas de Chillan donde es posible esquiar sobre la nieve en cualquier época del año y el pequeño auto debió conducirlos 149 kilómetros subiendo picachos, descendiendo por barrancos y bordeando profundos precipicios a uno y otro lado del camino, hasta que en medio de un pequeño valle dieron con una arboleda.

-¡Son alerces! -señaló Ana- los árboles más longevos de Chile- alcanzan a durar siglos. Rolando quién había permanecido aquella mañana pensativo respondió.

-Así quisiera que permaneciéramos nosotros: juntos por muchos años, sin que nada ni nadie nos separara.

-¡Y porque no? -preguntó Ana- Si tú lo deseas yo siempre estaré contigo.

-¿Siempre?

-¡Claro! -rectificó ella- ¡Porque lo dudas?

-Ayer habló mi padre. Mañana llegará y tendré que ir Pudahuel a recogerlo.

-Bueno. Algún día tendría que regresar, no se iba a quedar perpetuamente en Lima.

Silenciosos continuaron el camino. Estaban al pie de los Andes, de un lado se levantaban las murallas de granito de las montañas cuya altura era difícil calcular, al pie de los colosos los elevados picachos lucían como barquillos coronados con sus blanquísimos copetes de nieve besando el transparente azulejo del cielo, más abajo pululaban pequeños bosquecillos de árboles pequeños, Rolando detuvo su auto en un recodo del sendero. Ana saltó al momento, portaba un grueso sweter con cuello de tortuga, gorro de estambre y bufanda color de rosa, y corrió como gacela asustada a treparse por un caminito de cabras que debía continuar hasta la altura, Rolando a su vez bien protegido con una gruesa chamarra, pantalón de pana y zapatos de gruesas suelas, la siguió presuroso, de pronto, se quedó observando el paisaje con una mirada que abarcaba sorpresa y asombro.

-¡Aquí es! -murmuró- ¡No hay duda! ¡Es el mismo lugar!

-¡El mismo lugar?

-Sí, el que soñé. ¡El lugar de mi sueño!

-¿Del sueño? ¿De qué sueño me estás hablando?

-Fue al principio. Cuando apenas empezaba a conocerte y titubeaba acercarme a ti, entonces soñé que estaba en un lugar exactamente cómo este...y allí... encontraba de pronto una flor roja y yo decía ¡Es el copihue!

-¿Y que? ¡Qué mas soñaste?

-Yo cortaba esa flor y quería ofrecértela, pero no te veía, aunque sabía que estaba cerca...entonces corría tras de ti, corría y...

-¿Y qué Rolando? ¿Y qué?

Rolando se detuvo frente a ella con los ojos alucinados por la certidumbre de un descubrimiento y con voz firme agregó: Ana: ¿Quieres casarte conmigo?

-¿Casarme?

-Y ser mi esposa para toda la vida. ¡Y ser mía siempre!

Ana lo miró perpleja.

-Sí. ¡Eso es lo que el sueño me anticipaba!

-¿Y tu quieres?

Rolando no la dejó preguntar más, la tomó de los hombros gritándole: ¡Quiero! ¡Quiero! Ana lo atrajo con violento frenesí y hundió la cabeza en su pecho. Luego volvieron a quedarse callados, estaban cerca de un pequeño manantial. El cielo aparecía despejado y un azul celeste pálido se había instalado en la profundidad del horizonte inacabable, se sentaron sobre unos peñascos rociados por el agua nieve que bajaba y que se deslizaba entre mil pequeños canales. Tenían los ojos prendidos en el paisaje los había fascinado contagiados del silencio apenas interrumpido por el suave murmullo del agua que se filtraba. Ana extrajo de su bolso un bulto que contenía emparedados de paté y queso, y llevó uno de ellos cerca de los labios de Rolando que lo mordió complacido; cuando hubieron consumido el frugal desayuno se levantaron, Rolando dio unos pasos hacia abajo y luego rodeó los brazos alrededor de la cintura de Ana y atrayéndola en un corto vuelo la dejó en el piso delicadamente tal si se tratara de una joya de cristal. La sintió suya ¡Era suya! Ella le echó los brazos a los hombros y ambos se hundieron en otro prolongado beso, y tal si fuera un espejismo, lejana pero perceptible, una estrella hormigueaba en medio de la comba azul del cielo.

-15-

Aquella mañana Rolando se presentó con demasiada anticipación al aeropuerto para esperar a su padre, poco después llegaron dos socios de la empresa y algunos ejecutivos quienes venían a dar la bienvenida a su director. A la hora anunciada el jet de LANChile aterrizó y diez minutos después Rolando abrazaba a su padre encabezando lo que era todo un sonriente comité de recepción.

El joven supuso que su padre se trasladaría inmediatamente a casa, pero sus múltiples asuntos que debía atender le instaron a dirigirse a la oficina donde después de una junta en la que se le informó la marcha de los negocios en su ausencia, le fue ofrecido un brindis y el consabido almuerzo, de tal suerte que sólo hasta la noche pudo llegar finalmente a su hogar, doña Leonor mandó colocar un enorme ramo de gladiolos en mitad de la mesa, Isabel sirvió una espléndida cena en la que la anfitriona se mostró amable y cariñosa, Blanca estuvo al lado de su padre haciéndole mil preguntas sobre el Perú y Rolando quién se mostró excesivamente reservado al principio, a la tercera copa empezó a hablar saltando nerviosamente de una idea a otra, tal si temiera que algo inoportuno se le escapara. Había ensayado en repetidas veces lo que tenía que decir a su padre, eligiendo las palabras más apropiadas y pensando cual podría ser el mejor momento para abordarlo, pero al punto descartaba las opciones que se le ocurrían y el sólo hecho de tener que mirarle francamente a los ojos no sólo lo cohibía sino que lo aterraba.

El arquitecto se mostró agradecido por todas aquellas amables demostraciones de afecto familiar, pero la advertencia de Ana a quién antes había llamado por teléfono para notificarle su regreso, y quién le manifestó que deseaba hablar con él así como su rechazo para ir a celebrar con tragos y baile su regreso lo intranquilizaron. Se sentía confinado en aquella trampa de seducción y de muy poco le habían servido las efímeras distracciones que se procuró en Lima para aligerar la enorme carga de trabajo que lo agobiaba y aguardó con una impaciencia que se desconocía la hora de ir a reunirse con su amante, deseando vivamente volver a hacer el amor con ella cómo en otras ocasiones y recreándose en el imborrable recuerdo de aquella piel secreta, extremadamente suave, de sus pechos, de sus nalgas, de su vientre, impregnadas de la frescura de la juventud. Impaciente por el encuentro se adelantó unos minutos a la hora de la cita en un discreto café próximo a su departamento. Ana acudió tan risueña cómo siempre, si bien esta vez al saludarlo le ofreció la mejilla para evitar los labios, en tan breve gesto Domingo tuvo el buen olfato

de percibir que algo había cambiado y no andaba bien y que tal vez se empezaba a agrietar su relación, y mientras respondía a sus preguntas acerca de su viaje, de la marcha de la obra en tierra inca, su intuición le hizo sospechar que debía existir seguramente un rival. Por media hora la pareja discurrió plácidamente, Domingo se recreaba en aquella flor de voluptuosidad cuya sola mirada era cual un combustible que hacía arder todo a su alrededor, su encanto era un círculo mágico que fascinaba, y el insaciable mujeriego pensaba cuanto había de gustarle meter la cabeza entre sus senos, besar sus cabellos, sus párpados, sus mejillas, retardando el momento de llegar a sus labios, mientras aspiraba entre tanto aquel perfume dulce y discreto. Ella le escuchaba hablar acerca de la ciudad colonial donde la huella cruel del conquistador Pizarro aún no acababa de extinguirse, y Domingo le refería los cuadros de miseria que en Abancay, en el mismo centro de Lima se mostraban, desdiciendo un pasado de grandezas inconmensurables; Ana lo escuchaba con interés mientras apoyaba la barba sobre una mano que de vez en cuando apartaba para dar un sorbo a su refresco de cola con nieve de vainilla, de pronto Domingo a quién el tema de Perú y del edificio que había construido y de los negocios se le había agotado preguntó:

-¿Y tú, cómo van tus asuntos?

-¿Te refieres a la agencia? -preguntó ella y respondiéndose añadió- pues bien, cómo de costumbre, No hemos manejado grupos últimamente, pero no han faltado clientes para venta de boletos y hoteles.

-¿Y en lo personal?

-En lo personal –titubeó Ana- pues quería decirte... que estoy saliendo con un muchacho. Domingo la miró con perplejidad.

Ana sintió a su vez un sentimiento extraño, mezcla de piedad y de simpatía, y bajó los ojos para evitar que su amante los descubriera llorosos.

-¿Y me lo dices así? –interrogó él incrédulo. .

-Pensé que decírtelo sería lo mejor, pues de todos modos tarde o temprano tendrías que llegar a saberlo.

Domingo cerró los puños tal si pretendiera más bien cerrar las compuertas de su alma y la miró sin parpadear, directo a los ojos.

-¿Y lo nuestro?

-¿Lo nuestro? -repitió ella fijando en él los ojos sorprendidos- pues... seguiremos siendo amigos cómo siempre.

Domingo la miró electrizado, trémulo.

-¿Cómo siempre?

-Bueno, quiero decir, sin que haya ninguna intimidad entre nosotros, aunque si tú lo prefieres no tengo ningún inconveniente en continuar siendo tu amiga y verte cuando pueda –las últimas palabras las pronunció suavemente, tal si se le hubiesen terminado las fuerzas para defenderse.

-Gracias por la concesión –respondió Domingo con el aire de un perro bajo la lluvia.

Entonces ella se suavizó.

-Confiaba en que apreciarías mi sinceridad, Puedo asegurarte que mientras salía contigo no hubo nadie más en mi vida, aunque nunca te lo mencionaba...

Ana puso la mano sobre el brazo de Domingo extendido sobre la mesa, y él sintió que su brazo tembló y aunque el enojo lo estaba ahogando murmuró:

-¿Y tú crees que ello me servirá de consuelo?

-Creí que mi buena voluntad podría en alguna forma satisfacerte, por lo demás, tú sabes que lo nuestro no podía convertirse en nada serio.

-Para mí lo es. Mi amor por ti nunca lo llevé cómo un juego, jamás habría cometido la insolencia de tomarlo cómo una aventura ocasional.

-De haber sido así, yo tampoco me habría prestado a ello.
-¿Entonces?
-Entonces... debes entender que no podría durar toda la vida, todas las cosas tienen un principio y un fin. Eso, aunque era muy bello, también debía acabarse un día.
-¿Lo habías condenado de antemano?
-No. Domingo. No es que yo lo hubiera determinado así... pero nuestra situación, tú...
-¿Te refieres a mi condición de hombre casado? ¿Tanto te importaba eso? ¿Por qué no me lo dijiste claramente?
-Si me hubiese importado demasiado jamás hubiera consentido nada entre nosotros, más allá de una amistad. Soy una mujer de mi tiempo que ha superado todos esos prejuicios.
-Eso pretendes.
-Pero debemos admitir que tú tienes deberes ineludibles y que yo...
-Tú has sido lo más importante en mi vida.
-No lo dudo y te lo agradezco, y creí que tú también lo habías sido así para mí, y puedes sentirte seguro de que lo que llegué a sentir por ti no fue solamente atracción o simpatía, sino algo mucho más profundo...
De pronto, Armendáriz el hombre fuerte, seguro, incapaz de humillarse ante una mujer se desmoronó.
-Ana, las apariencias suelen ser engañosas, la realidad es algo muy distinto, sólo soy un pobre diablo a quien nunca nadie ha llegado a querer, ni siquiera la vida, y pese a todos mis éxitos materiales... tal vez ni yo mismo me haya llegado realmente a querer..
-¡Mientes! -atajó ella- Yo te he amado. Y seguiré amándote siempre, aunque de otra manera, porque pase lo que pase y esté donde esté, nunca dejaré de recordarte...
Dinko sacó nerviosamente una cajetilla de cigarros y se llevó uno a los labios, tenía los dedos temblorosos y la luz del encendedor iluminó la palidez de su rostro.
-¿Me amabas?... según tú me amabas, pero en la primera ocasión que yo me ausento unos días por asuntos de trabajo...
-Te habías ausentado muchas veces antes.
-Lo reconozco. Pero esta vez decidiste cambiarme por el primer mequetrefe que se te puso enfrente.
-Mejor no hablemos de ese que tú llamas mequetrefe.
-¿Tanto le quieres? ¿Debe haber descendido de Marte! ¿O de que galaxia viene?
-No lo sé. No me importa. Sólo sé que le amo cómo nunca había llegado a amar a nadie.
-¿Ni siquiera a mí?
-Ni siquiera a ti Domingo. Es muy difícil que yo te lo pueda explicar, porque yo misma no me entiendo. Tú no puedes imaginarte lo que hay dentro de la cabeza de una mujer. ¡Somos tan complejas! ¡Tan diferentes de ustedes!
-Las pasiones no se razonan. -Aceptó Domingo.
-De no mediar eso, puedo jurarte que jamás habría tomado esta decisión. Durante el tiempo que permanecí a tu lado, no me faltaron pretendientes que me buscaban, proposiciones, y hasta ofertas de matrimonio... y puedo asegurarte que por ninguno de ellos me hubiera yo inclinado, aunque tal vez, más de alguno me atraído o me despertó algún interés.. Decir que no acepté un café sería engañarte, pero ni por broma hubiera consentido ir más allá. -Respiró y mirándole con ternura volvió a retomar el hilo de la idea inconclusa- hoy es diferente -añadió mirándole con ternura- y quiero rogarte que por favor me comprendas. ¿Quién sino tú? Mi padre se encuentra demasiado lejos y no me parece prudente ir a Osorno sólo para intranquilizarlo.
-¿Tu padre! -repitió Domingo- aunque pudiera serlo te he querido de otra manera...
Ana bajó la cabeza abrumada, casi incapaz de contener las lágrimas.

Domingo se levantó, sacó de su cartera u billete que arrojó sobre la mesa y se dispuso a caminar hacia la puerta de salida

-¡Domingo! –dijo Ana suavemente.

El se detuvo sin responderle.

-Dime al menos que me recordarás.

-¿Lo dudas? -dijo él y añadió con pesar- todo el resto de mi vida.

-¿Sin rencor? Comprendo que ahora debes sentirte enojado, pero después, cuando veas las cosas de manera diferente.

-Nunca podré volver a vivir sin recordar este nefasto día –exclamó con voz enronquecida.

-Hubiera preferido jamás haberte dado este mal rato ¡Nunca habré de olvidarte!

-¡Ni yo a ti!

- ¡Siempre estarás cerca de mí! Y mucho más próximo de lo que te imaginas.

-¿Cerca de mí? ¡Si tendrás a ese cretino!

-Cerca de ti y de ese cretino. –Dijo Ana-

Domingo se alejó a pasos agigantados., se sentía sacudido por una enorme excitación; con las mejillas encendidas y la mirada chispeante se introdujo en su auto deseando alejarse cuanto antes del lugar.

-Se necesita ser un verdadero imbécil para convertir en esposa a una amante –masculló para sus adentros- y Ana aunque se las da de liberal, es igual que todas, y seguramente debe haber encontrado algún muchachillo que le ha volado el seso con la idea del matrimonio ¡Si supiera lo que es eso! Y se puso a pensar en el suyo: obligaciones, responsabilidades, ataduras, celos, rutina, monotonía y para colmo ver a cada momento envejecer a una mujer, presenciar como se va desintegrando con los años y cómo cuanto nos ha seducido y atraído se va acabando... y luego los hijos: chiupándote, eternamente dependientes, necesitados, buscando el amparo del padre que nunca deja de serlo aunque ya sean adultos... y Ana quiere eso...-de pronto imaginó que si se hubiera casado con ella así sería, porque eso era la ley de Dios, de la naturaleza o de lo que fuera, pero nadie podía apartarse de ella, y que la mujer con todo su transitorio poder de seducción no era mas que la burbuja que inexorablemente se extingue... y luego, aquella absurda pretensión de que la entendiera, cómo si los caprichos pudieran justificarse, aquella torpe alusión a su padre, identificándolo con él. ¡Eso si que resultaba ridículo! De pronto reflexionó que envejecía, y que a pesar de su apariencia de hombre fuerte, cabal, entero, Ana y seguramente mucha gente cómo ella, no lo veía así y por eso lo había asociado con la imagen paterna. ¡Valiente comparación! Él le demostraría que podía conseguir todas las lolitas que le vinieran en gana, bastaba sólo que se lo propusiera, poseía dinero, poder, vitalidad, ¡Todavía me queda mucha vida! –reconoció- y las mujeres cómo Ana o más jóvenes que ella podían caer como abejas a su panal, aunque luego, mientras guiaba su auto sin rumbo, perdido en sus pensamientos, comido por la rabia, la desesperación, el infortunio, sintió que los ojos se le humedecían y que el hombre fuerte, el conquistador, el que nunca había rogado, cedía y que era incapaz de contener las lágrimas que rodaron bienhechoras por sus mejillas. Sí, era verdad, aún podía aún conseguir el favor de muchas, pero nunca más a ella, y una ola de odio le bañó el alma. ¿Quién era el mal nacido que le había arrebatado lo que más amaba? ¿Qué podía tener que él no tuviera? Y se puso a inventariar sus bienes, su dinero, sus inversiones múltiples, sus relaciones, los innúmeros trajes que no cabían en su closet, sus camisas de seda cortadas a la medida, sus corbatas italianas, sus lociones inglesas, sus zapatos importados... luego, descorazonado de la inutilidad de las cosas materiales concluyó, acaso tenga lo que a mi me va faltando: ¡Juventud!

En medio de tan tristes pensamientos llegó a las afueras del Jardín Zoológico, rodeó la Chascona, otra de las casas del poeta Neruda y detuvo su auto bajo una arboleda.

Allí quería desahogarse, llorar solo, sin que nadie lo viera, sin que nadie sospechara que él hombre fuerte era a final de cuentas cómo todos los demás hombres, una simple hoja seca acarreada por el viento impetuoso de esa fuerza invisible que algunos escritores dieron por llamar el eterno femenino, o más bien, el voluble femenino, y se puso a pensar en lo último y lo único que le quedaba: ¡El recuerdo! ¡El imborrable recuerdo de sus noches de amor, de sus horas dichosas! El recuerdo -cómo escribía Azorín- que es la mezcla del dolor con el consuelo Y se sintió reconfortado al reconocer que muchos ni siquiera podían haber tenido eso porque en sus vidas miserables no hubo tal vez ni un momento verdaderamente feliz... ¡Por más que recordar era lo único que les quedaba a los viejos! Y el vocablo vejez lo volvió a atosigar como la hoja de un puñal que implacable se regodea en la carne herida, entonces, mientras dirigía el auto a su casa se puso a recordar en los versos del argentino Leopoldo Lugones: “*Amé y un día el espejo me reveló la verdad, blanca estaba mi cabeza, ya no era tiempo de amar*”.

-16-

La espontánea confesión de Ana, prueba inequívoca de lealtad y sinceridad desató el conflicto que tanto había temido Rolando, quién con sólo observar el ceño de su padre bastó para sumergirlo en una profunda crisis; y pasado el eufórico recibimiento en el hogar de los Armendáriz se instaló un mutismo, una reserva que no logró ocultar el disimulo.

Domingo la dio por refugiarse en su estudio, según él a trabajar y a dormir, pero el hilo de luz continuo que se perfilaba en el quicio de la puerta denotaba claramente que el hombre velaba.

Rolando ignorante de lo que habían hablado su novia y su padre, sintiéndose culpable y causante de su incontenible mal humor procuraba evitar encontrarse con él y para hacer más grave la situación, Ana le había solicitado que se abstuviera por algunos días de llamarle por teléfono y tanto más de ir a buscarla a la agencia o a su casa y sólo después de que trascurrieron algunas semanas accedió a tomarle una que otra llamada, entonces su voz surgía opaca, triste, y el muchacho detectó su disgusto, no obstante alguna vez con pocas palabras le dijo que todo había terminado entre ella y Domingo, más cuando Rolando insistió en sus deseos de continuar su relación y su firme propósito de casarse con ella, se quedó muda en el teléfono, provocando un mayor desconcierto en el muchacho que no sabiendo más que decir, apenas alcanzó a balbucear que cuando menos le concediera verla un momento, petición que ella declinó, adelantándole trabajosamente un *nos veremos otro día, ahora estoy demasiado ocupada y no tengo tiempo*.

Rolando se disculpó de haber sido el causante de su enfado, a lo que Ana respondió *que aquello tenía que terminarse algún día, por causa de él, o de otro motivo, simplemente porque debía ser así* y agregó *—ni siquiera le mencioné que se trataba de ti*. Y después de un silencio se despidió con un escueto *adios*.

Rolando sintió que se hundía, y sólo después de un rato recapacitó que por el momento no debía ser el blanco de la ira de su padre, y se reprochó al punto su cobardía de no haber encontrado el suficiente valor para enfrentársele, cuando desde su llegada debía haberle revelado toda la verdad; aquel miedo infantil no hablaba bien de su hombría y convino que Ana siendo mujer se había enfrentado sola al problema con la decisión que a él le había faltado, pero algo más debió aumentar su turbación, el pesar de Ana que podía ser consecuencia tal vez de que lamentaba profundamente haberse desprendido de un cariño, lo cual significaba que amaba todavía a Dinko y que en el fondo estaba dolida

de renunciar a él, y de haber tomado parte en aquel juego de muchachos, en aquel noviazgo de chiquillos que tan fácilmente se dejaron seducir por la luz rosada de una ilusión que les cegó los ojos, sólo para descubrir que eran incapaces de defender aquella utopía, bella pero irrealizable, Ana había demostrado ciertamente ser toda una mujer cabal, aunque tal vez -sospechaba Rolando- le hubiera dolido el rompimiento.

Rolando aprendió que cuanto más se ama más se sufre, y que la vida, esta vida de la que tan prendados están los hombres, cobra con intereses los pocos instantes de felicidad que les concede.

Sumido en tan graves cavilaciones, apenas respondía con trabajos a las inquietas preguntas de su madre que percibía que algo que no alcanzaba ni siquiera a imaginarse estaba ocurriendo en su casa y se deshacía en mil conjeturas al recordar que días antes, la noche que su esposo había llegado de Lima, todos despedían optimismo y buen humor, y aunque su corazón de madre sospechó que su hijo entre aquella verborrea insustancial a la hora de la cena escondía algo, ahora pálido y ojeroso a punto no se sabía si de llorar o de caer en la desesperación, se debatía fingiendo una serenidad que estaría muy lejos de poseer; y sólo Isabel le había arrancado alguna vez una palabra amable y hasta el asomo de una sonrisa.

En cuanto a Blanca ocupada cómo siempre en su trabajo y en su novio apenas concedía mayor importancia a aquellas caras destempladas y repentinamente enfierecidas.

-Quién sabe que se traen -dijo a su madre- Déjalos que se las arreglen como puedan. Y la pobre mujer se quedaba rumiando su curiosidad y su preocupación.

Rolando salía por las mañanas con los libros bajo el brazo, pero apenas asistía a una que otra clase de la que poco o nada debía aprovechar, en cuanto a Domingo, si bien ahora se mostraba más atento y amable con su esposa, anunció que por cuestiones de trabajo por una temporada se abstendría de ir a almorzar a su domicilio, doña Leonor sugirió que evitara mal pasarse, ofreciéndose a prepararle la comida que podía disponerle en la lonchera, a lo él que accedió agradecido, proporcionando una pequeña satisfacción a la doña.

En cambio por las noches, ahora que ya no tenía ninguna cita donde acudir, Domingo procuraba ir a cenar a su casa, aunque apenas picaba la comida; pero otras veces al salir de la oficina tornaba a sus excursiones nocturnas guiando su auto por medio Santiago

Entonces reflexionaba a solas y sus pensamientos cruzaban por su mente como un enjambre de aves en vuelo: *el tiempo es cómo una marca que se imprime en nuestra carne -reconocía- y sólo cuando se ha perdido la juventud se ama verdaderamente, con la sinceridad nacida de la impotencia de retener lo que se quiere o la desesperación por lo se ha perdido inexorablemente-* luego se quedaba a recordar aquellos momentos maravillosos, cuando después de hacer el amor con Ana retornaba a su rutina con el cuerpo agradecido y el ego satisfecho, y volvía a convenir que había sido feliz y que la vida le había concedido seguramente mucho más de lo que merecía, y aún aceptaba que Ana no estaba ni mucho menos obligada a amarlo siempre, incluso aunque hubiera llegado a ser su esposa, porque el amor era algo que la vida y la mujer conceden un día y al siguiente retiran con o sin explicaciones. Y su cólera iba cediendo, ella al menos, había tenido la entereza de decírselo, evitándole un desengaño cruel o el hacer el ridículo que tanto temía y del que siempre se había cuidado defendiendo así su reputación profesional, su prestigio del que pretendía salir siempre ileso después de todas sus aventuras, aunque ahora el destino siempre burlón le había jugado la peor pasada de su vida y por primera vez había conocido la tristeza y hasta la desesperación, entonces para auto consolarse se ponía a repasar la larga lista de sus amoríos, que al terminar lo habían

liberado de un compromiso que ya le estorbaba o le parecía aburrido, luego, pasados esos momentos fugaces en que su mente divagaba por el pasado, con obstinación enajenante su mente regresaba a Ana: *hay bocas que atesoran besos y no palabras, y mucho menos palabras hirientes, despectivas y la de Ana era de una de esas bocas sublime incapaz de lastimar.* y admitía por centésima vez que había hablado con firmeza y honestidad, se había enamorado y defendía tenazmente su amor, pero procurando no hacer daño. Y Domingo volvía a sopesar sus razones que había terminado al fin por aceptar. Le había ofrecido su amistad, que él por un mal entendido orgullo rechazó, de lo que hoy se arrepentía, puesto que ello le hubiese permitido al menos continuar disfrutando alguna vez de su compañía y asomarse a aquella alma soñadora, recreándose en sus ojos, en sus labios, aunque ya ni sus miradas ni sus besos fueran para él, que sin ella se sentía cómo un viejo y abandonado barco sin timón.

Entonces, mientras contemplaba el tenue telón azulado de la cordillera lejana cuya nieve resplandecía bajo la luz de la luna, Armendáriz conjeturaba entre los celos y la curiosidad quién sería el hombre que había conseguido conquistar plenamente el corazón de Ana, quién sería el depositario para siempre de aquella delicada criatura, derroche de mujer y de feminidad desbordante, a no dudarlo se trataba de un hombre muy afortunado, porque la verdadera riqueza no era la que él poseía, la que los tontos envidiaban y que se traducían en metros de tierra o de metal, en joyas o billetes de banco, la auténtica riqueza consistía en ser amado, en ser objeto de un amor que no vacilara en renunciar a todo con tal de seguir siendo cómo una antorcha inapagable, cómo una de esas estrellas que veía brillar entre la comba azul y que estarían siempre allí, fijas, incommovibles, todas las noches, ¡Toda la eternidad! Y el hombre práctico se volvía sensible, porque el amor cambia, transforma, trasciende y hasta se alegraba de poder sentirlo, de saber lo que era, aunque su poder le hiciera sufrir, y retornaba a despreciar sus aventuras pasadas, que se equiparaban cómo grotescas caricaturas comparadas con aquel sentimiento grandioso, el único que había logrado arrancarle una lágrima, una sola, en su larga vida de aventurero..

-17-

Trascurridas unas semanas Rolando encontró una solución. Falto de valor para hablarle a su padre frente a frente, le escribiría revelándole toda la verdad, entonces buscaría a Ana quién tendría que escucharle y le solicitaría el cumplimiento de sus promesas. Pasó una mañana redactando la misiva, cuyos esbozos destruyó once veces tornando a comenzarla de nuevo, sin que nada llegara a satisfacerle; y al fin convino que no se trataba de ostentar sus dotes literarias, sino de abrir verdaderamente su corazón.

Dinko:

He aquí que vengo en busca del más noble y benévolo de los padres y del más leal y mejor de mis amigos.

Tu hijo a quién has otorgado tus máximos esfuerzos, a quién educaste en la honradez y enseñaste con tu intachable ejemplo el deber, el respeto, los principios y valores, la justicia y la razón, es indigno de llevar tu nombre porque ha faltado a tu confianza y valiéndose de tu ausencia, espionando tu vida, te ha arrebatado el amor de una mujer que era tuya y de quién me he enamorado al grado de que sin ella no podría encontrar un sólo momento de tranquilidad en mi vida.

Lo que he hecho se llama traición y quiero que sepas que antes de que tú me repudies yo mismo he llegado a despreciarme, y no obstante, aunque no sabría cómo nombrar a una acción tan vil vengo a ofrecerte la disculpa que me he negado a mi mismo, la comprensión que sólo tu generosidad podría concederme.

Ana Buzati no sólo es la dueña de mi amor, de mi infinito amor, si no la única mujer a quién yo me propondría con todas mis fuerzas hacer feliz.

He escondido mi cariño para no ofenderte, he olvidado llevar a mi madre quién ha llorado mucho por ti el consuelo para su desventura, mas si por mi ruin comportamiento no consiguiera tu perdón yo saldré de esta casa, cargando el fardo de mi vergüenza y dispuesto a buscar el pan para ella y para mí.

Quiera tu corazón bondadoso recibir la pena de

Rolando.

El estudiante de la Universidad Católica dejó aquella noche la misiva bajo la rendija de la puerta del estudio de su padre quién hasta la media noche lo oyó llegar produciéndole un temblor que se apoderó de todo su cuerpo. Estuvo esperando una respuesta pero la puerta no se abrió.

Así transcurrió aquella noche en la que debió pasar de la angustia a la incertidumbre, de la duda de que hubiese encontrado y leído la carta a la desesperación ante la fatalidad de que jamás habría de ser perdonarlo.

Y sin duda alguna en la casa de los Armendáriz nadie pudo pegar los ojos en toda la noche.

A las cinco de la mañana Rolando que se había quedado dormitando vencido por el sueño fue despertado por una insistente llamada telefónica.

-¿Rolando Armendáriz? –preguntó una voz desconocida.

-Sí. Soy yo.

-Soy Rebeca Rocha.

-¿Rebeca?

-La compañera de la señorita Buzati, en la agencia de viajes.

Rolando se quedó mudo intentando ubicarla en la memoria.

-¿No se recuerda de mí, verdad?... pero no importa, le llamo para informarle que Ana se va de Chile.

-¿Qué está usted diciendo?... ¿Qué Ana se va?... –gritó Rolando esta vez ya despierto y angustiado.

-Se va hoy a Australia a las siete de la mañana. Ha vendido la agencia y hasta ayer por la noche nos hemos despedido. He pasado horas buscando su número telefónico que no localizaba por ninguna parte. Corra al aeropuerto y deténgala. Ha sufrido mucho y...

Rolando no escuchó más y sin cuidarse cuando menos de colgar la bocina del aparato se levantó enloquecido y salió en busca de su auto dispuesto a correr al aeropuerto.

-18-

Para su mala suerte apenas subió al vehículo constató que el tanque de la gasolina se encontraba casi vacío. Desesperado trató de ubicar una gasolinera dentro de su ruta. Llegar hasta el aeropuerto significaba tener que atravesar Santiago y aunque ahora las calles estaban todavía medio desiertas le llevaría casi una hora, obligado a detenerse por la luz roja de los semáforos.

Intentó proveerse del indispensable líquido en una estación donde el despachador seguramente todavía dormido no le abrió pese a sus insistentes golpes tras el cristal del despacho, Rolando regresó a su auto que empezaba a carraspear y cuando estaba a punto de estacionarlo y buscar un taxi que lo condujera rápidamente se topó con una estación donde un calmoso empleado accedió a servirle.

Rolando consultó el reloj y calculó que con mucha suerte podría llegar a tiempo al aeropuerto. Aceleró cuanto pudo arriesgándose a ser detenido por la policía que afortunadamente a esa hora escaseaba, al fin, logró tomar la Avenida Américo Vespucio y de allí a la carretera que habría de acercarlo al aeropuerto Comodoro Arturo Merino Benitez.

Habían dado las seis de la mañana, Rolando acomodó el auto y se introdujo a las instalaciones. Ahora faltaba lo peor, localizar a Ana dentro del inmenso edificio, la búsqueda se volvía difícil, pero en medio de su nerviosismo, se le ocurrió preguntar a un empleado donde se ubicaba el mostrador de la línea aérea que viajaba a Australia, el hombre le señaló la pantalla de televisión y el muchacho se fue corriendo en busca del mostrador de Qantas, a esas horas rodeado de pasajeros que documentaban sus equipajes y entregaban para su revisión boletos, pasaportes y visados; se acercaba la hora de la partida y los viajeros iban siendo enviados a la sala de abordar donde habrían de ser conducidos hasta las escalerillas del avión. La prisa, las voces, la excitación que suele presidir la proximidad de la partida desconcertaron a Rolando que al no ubicar a Ana entre los impacientes viajeros retrasados le indicaron que seguramente habría de encontrarse en la sala de abordaje obviamente destinada para los pasajeros que iban a viajar y restringida al público, allá se dirigió nerviosamente el muchacho llamando a todo pulmón: ¡Ana! ¡Ana! Y exactamente cuando ella iba a entregar su pase de abordar Rolando que al fin la ubicaba la tomó violentamente por un brazo.

-¡Ana! ¡Ana! ¡No te vayas por Dios!

La voz angustiada, el grito destemplado, el brusco ademán debió desconcertar a los presentes, ella se volvió con el rostro pálido y lloroso que intentó apaciguar con una tímida sonrisa.

-¡Rolando! –exclamó.

El la tomó entre los brazos poseído de una fiebre indómita, mientras repetía:

-¡Ana! No te vayas, no puedes irte y dejarme así...

Ella se apartó para dejar el paso a los viajeros que la empujaban y con lágrimas incoherentes respondía incoherente.

-¡Es mejor así! ¡Es mejor así!... yo te explicaré más adelante, ¡Te prometo que te escribiré! ¿No ves que esto no puede ser? ¡No debe ser! – e intentaba zafarse de los brazos de Rolando quién pugnaba por detenerla.

En esos momentos se escuchó por los altavoces la voz del locutor del aeropuerto advirtiendo a los viajeros la próxima salida.

Qantas Air Lines, anuncia la salida de su vuelo tres, cuatro cinco, con destino a la ciudad de Melbourne. Señores pasajeros es la última llamada.

Ana intentó deshacerse de Rolando mientras repetía: ¡No puede ser! ¡No puede ser! pero de pronto una voz autoritaria los sorprendió:

-¡Ana! ¡Quédate! ¡No hagas desgraciado a mi hijo!

Ana y Rolando se volvieron. Era Dinko y acercándose a ella agregó:

-¡Es un buen chico y merece ser feliz!

-¡Dindo! –gritó Rolando- ¡Padre mío!

Ana se volvió consternada.

-¡Y me lo pides tú?

-¿Quién sino yo?

-¿Y la gente?

-¡Qué importa la gente! ¡La felicidad es un derecho de todos los humanos! –y con voz estrangulada añadió –Se casarán y serás un miembro más de mi familia.

EPILOGO

En la iglesia de la catedral se ha oficiado esta mañana una concurrida ceremonia, para unir en matrimonio a los hijos del Arquitecto Domingo Armendáriz y de doña Leonor Rebolledo de Armendáriz: Rolando, quién se ha casado con la señorita Ana Buzati y Blanca quién ha contraído matrimonio con el señor Andrés San Román. El importante acontecimiento social ha congregado a la más elegante sociedad santiaguina, y no han dejado de encenderse los flashes de las cámaras de todos los periódicos, incluyendo por supuesto las de “El Mercurio” y de los principales canales de televisión.

Han sido retratados los novios Rolando y Ana quienes aparecerán unidos en un cálido beso, en otra fotografía habrá de salir la pareja que conforman el señor San Román y la novia señorita Blanca Armendáriz, y en una tercera el matrimonio del Sr. Arquitecto Domingo Armendáriz y de su esposa Leonor, acompañados de Don Miguel Buzati padre de la contrayente y del señor profesor de la Universidad Católica Felipe San José y de su esposa Angélica, el catedrático aparecerá sonriendo mientras se toca con los dedos la punta de la barbilla pues seguramente habrá de sentirse muy complacido al constatar su teoría: acerca de que la familia es la base de la sociedad.

d